

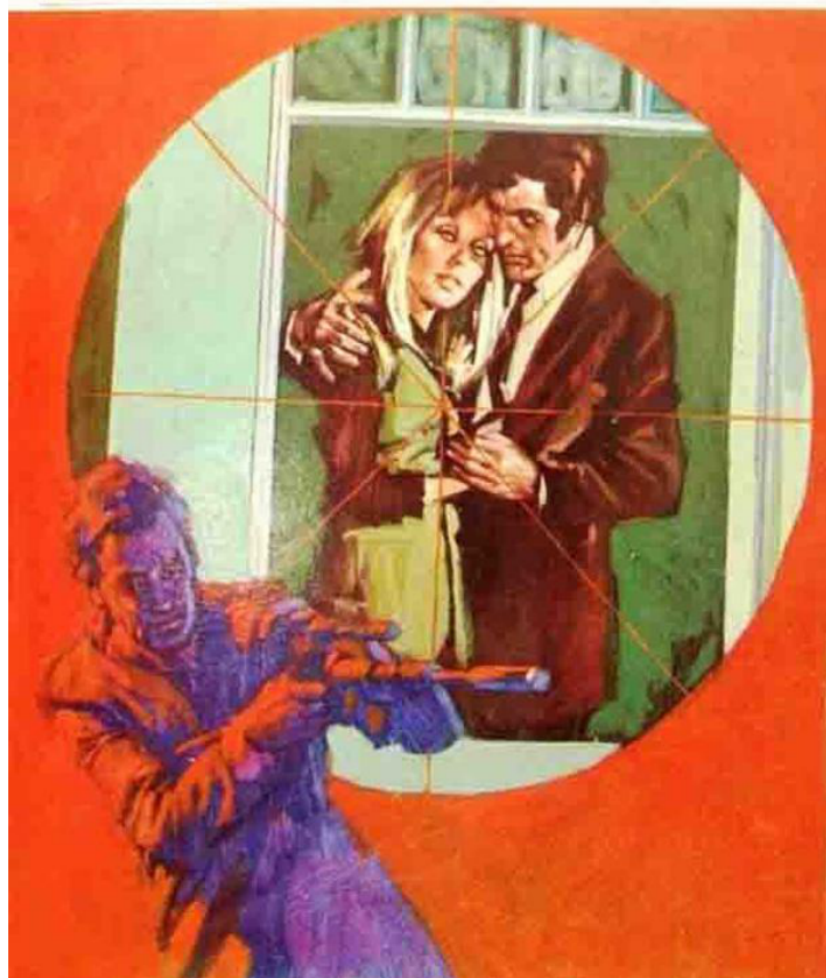
BOX LIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

el sueño roto

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL SUEÑO ROTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 532
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 20.764 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1972

© BURTON HARE, 1972
sobre la parte literaria

© ALBERTO PUJOLAB, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La joven se movía sobre la arena con dificultad, con los pies hundidos casi hasta el tobillo. El agua mansa del mar lamía sus pies descalzos mientras ella avanzaba en dirección al abrupto promontorio rocoso que cerraba la caleta hacía poniente.

Era esbelta, con unas piernas largas y hermosas, busto agresivo y caderas un tanto ampulosas. Llevaba un traje de baño muy ceñido, que despejaba cualquier incógnita que pudiera haber sobre la perfección de su cuerpo.

De pronto levantó la cabeza y vio el hombre allá arriba, sobre el risco. Se detuvo, preguntándose si sería aquél el individuo que buscaba.

El hombre, visto desde ese escorzo, semejaba un titán. Era muy alto, y toda su musculatura estaba proporcionada a la fortaleza de su aspecto.

Su piel era muy oscura, tostada por la casi constante exposición al ardiente sol del golfo. Llevaba puesto un breve *slip* de baño negro, y parecía muy atento a algo que veía bajo el mar, al pie del risco.

Ella se había detenido. Estaba dudando sobre la mejor manera de abordarlo, cuando él se lanzó al aire y voló en un salto magnífico hasta hundirse en el agua, desapareciendo.

La muchacha contuvo el aliento. Por un instante pensó que iba a estrellarse contra las rocas, pero pronto advirtió que el nadador conocía muy bien los riesgos, y se había zambullido en un lugar profundo.

Reanudó su caminata, apartándose ahora del borde del agua para buscar un lugar por el que encaramarse a las rocas. Lo encontró en el instante en que la cabeza del hombre surgió del agua, muy apartado de la orilla.

Ella agitó la mano para llamar su atención. Lo logró, porque

pudo advertir cómo él se quedaba quieto, mirándola, aunque después volvió a zambullirse y lo perdió de vista.

La muchacha remontó el promontorio y se detuvo en la cumbre, mirando al otro lado con cierto estupor.

Una pequeña cala se abría como queriendo abrazar un pedazo de aquel mar quieto y azul. En la caleta dominaban los roquedales, pero había también una reducida playa de dorada arena, que centelleaba bajo el sol de fuego que la bañaba.

Al fondo, erigida sobre las rocas, se alzaba una construcción de madera, mitad cabaña mitad *bungalow*, con un sombreado porche y unos escalones labrados en la piedra viva, que descendían hasta la misma arena.

Abajo, un rústico embarcadero daba asilo a una lancha motora grande y de aspecto poderoso, mecida suavemente por las mansas olas.

Empezó a descender cuando el hombre nadaba hacia la orilla.

La muchacha siguió un abrupto sendero, encaminándose a la casa, segura de que el nadador no tardaría en reunirse con ella.

En aquel instante, entre las rocas, surgió otro individuo. Era alto y bien desarrollado, pero en su rostro había una expresión que lo convertía en inquietante.

Quizá fuera su forma de mirar a la muchacha, recorriéndola detenidamente de arriba abajo con sus ojos saltones, o la mueca entre risueña y sarcástica de su boca, pero la joven se detuvo en seco y titubeó.

El hombre le dijo:

—Vamos, nena, no te pares ahí. Ven y nos divertiremos tú y yo.

—¿Quién es usted?

—¿Qué importa un nombre? Tenemos todo este paraíso para nosotros dos.

—Será mejor que se aparte, he de llegar hasta la casa.

Él se echó a reír.

—Está desierta, palabra. Oye, nena, no me digas que buscas a ese búho, ¿eh? Lo pasarás mejor conmigo.

—¿Quiere dejarme paso?

—No, a menos que me apartes tú.

Siguió riéndose.

Llevaba una camisa abierta, por la que asomaba el negro vello

de su pecho, y unos pantalones azules, ajustados y demasiado cortos para él.

La muchacha dio unos pasos, vacilando. Sentía una extraña sensación de inseguridad, una inquietud jamás experimentada antes frente a ningún hombre, porque aquel que le cerraba el paso poseía una suerte de magnetismo sucio y brutal, que infundía escalofríos.

Inesperadamente, ella cambió de dirección y comenzó a descender entre las peñas hacia la diminuta playa de allá abajo.

El tipo se echó a reír de nuevo.

—¡No podrás ir muy lejos, primor! —cacareó, siguiéndola.

Ella saltó de una roca a otra, aun a riesgo de romperse el cuello, hasta que llegó a la arena.

El hombre casi le pisaba los talones. Entonces, la muchacha se volvió como una serpiente.

—¡Déjeme en paz! —chilló.

Él se detuvo. Las pupilas de la hermosa desconocida despedían llamas.

—Me gustas —dijo—. Eres un encanto, nena. Y si te enfureces, me gustas más aún. ¿No es divertido?

Dio un salto y la apresó entre sus brazos de oso. Ella lanzó un grito y un zarpazo, todo a un tiempo.

El grito no le sirvió de mucho, pero el zarpazo sí, porque sus uñas afiladas abrieron profundos surcos en la mejilla de él, que empezó a sangrar de manera terrible.

—¡Maldita gata, yo te enseñaré...!

Estaban enzarzados todavía cuando el nadador salió del agua, a pocos pasos de distancia.

Llevaba un enorme pulpo en la mano, sujeto por la bolsa, mientras los robustos tentáculos se retorcían con furia.

Su voz retumbó en el roquedal, cuando gritó:

—¡Suéltela, puerco!

El agresor se volvió en redondo. Estaba rojo y temblaba de excitación.

—¡Maldita sea tu estampa! —jadeo—. Así que estabas aquí, después de todo...

—Eres un cerdo, Hiller. Debiste recordar que te advertí una vez.

—Tú siempre andas advirtiéndolo a la gente...

—Apártate de la chica.

—¿La quieres para ti solo o qué?

El nadador avanzó cautelosamente. La muchacha estaba casi tan fascinada por la fuerza y elasticidad de aquel cuerpo como por la visión del gigantesco pulpo retorciéndose de mala manera.

Hiller soltó una risita.

—Vine a agradecerte que me dejaras sin clientes hace un par de días, Crane —dijo a borbotones—. Te lo quiero agradecer profundamente, tan profundamente, que te llegará a las tripas mi agradecimiento.

Hundió la mano en el bolsillo del pantalón. Cuando la sacó empuñaba una navaja de resorte, cuya hoja de acero saltó fuera de la empuñadura con un seco chasquido.

La joven dio un salto atrás, sin poder contener un grito.

Mike Crane achicó los ojos. Todos sus músculos estaban tensos, duros como muñones de acero ante el peligro.

—Eres un cobarde, Hiller —le espetó con voz silbante y llena de ira—. Los clientes te mandaron al infierno por tus propios méritos... no quieren navegar con alguien borracho y sucio. Por eso vinieron en mi busca.

—Excusas. Tienes miedo, ¿eh? Bueno, chico, voy a darte lo que te ganaste.

Avanzó despacio, moviendo lentamente la mano que empuñaba el arma.

Crane sacudió la cabeza.

—Eres un estúpido, Hiller.

Le respondió una risotada.

De pronto, Hiller dejó de reír y saltó. El cuchillo describió un arco centelleante, como un rayo de plata.

Mike Crane dio un brinco, de modo que la aguzada hoja de acero le pasó zumbando cerca del costado, sin tocarle.

Sólo entonces volteó la mano con que sujetaba el gran pulpo, lanzándolo con fuerza contra la cara de su enemigo.

El animal dio en el blanco. Se estrelló con un golpe sordo contra el rostro de Hiller, y los tentáculos hicieron presa en su cabeza.

Rugiendo, Hiller intentó librarse del bicho con la mano izquierda. Crane disparó su derecha y le cazó en el estómago, doblándolo por la mitad. El cuchillo escapó de sus dedos cuando trató de engaritar la mano en el lugar machacado.

Mike Crane recogió el arma y la arrojó al mar.

—Vas a recibir lo que vienes buscando desde hace mucho tiempo, Hiller —dijo.

El aludido tiraba del pulpo con las dos manos, hasta que consiguió arrancarlo y arrojarlo a un lado, loco de furor.

Justo en aquel instante, un trallazo en el hígado le produjo el efecto de la cox de una mula, y cayó de rodillas, bramando como una bestia.

La muchacha miraba a los dos hombres con los ojos desorbitados. Los dos eran fuertes, musculosos. Nunca había visto pegar de aquel modo.

Hiller cesó de gruñir. Se dio cuenta de que con eso no llegaba a ninguna parte.

Grane dijo con calma:

—Levántate y pelea, cerdo. No hemos hecho más que empezar.

De rodillas, Hiller apoyó las manos en la arena, respirando profundamente, con angustia.

Y, repentinamente, como disparado por un resorte, se impulsó hacia adelante y su cabeza se hundió en el estómago de Crane.

Éste fue proyectado hacia atrás hasta rodar por la playa dando tumbos. Una ola llegó en aquel momento, cubriéndolo cuando intentaba incorporarse, de modo que volvió a caer con todas las furias del infierno agitándose en su interior.

Hiller corrió hacia él, blandiendo sus grandes puños.

—¡No saldrás de ahí, Crane! —vociferó.

Pero Crane salió.

Salió como si el mar le hubiera impulsado hacia arriba.

Hiller nunca supo cómo sucedió, pero de pronto su enemigo estaba allí, saltando frente a él, y un puño como una roca se abatió con terrorífico impacto sobre su nariz.

Sonó un chasquido cuando la nariz se rompió. Hiller cayó sentado sobre la arena y la sangre inundó su cara a chorros.

Sacudió la cabeza, aturdido por el dolor. Pero casi al instante se levantó y disparó un zurdazo terrible.

Grane se elevó del suelo bajo el impacto. Los oídos empezaron a zumbarle y de nuevo aterrizó en la orilla del agua.

Hiller avanzó a trompicones, sacudiendo la cabeza y escupiendo la sangre que se introducía en su boca.

Mike Crane ya estaba de pie cuando llegó a su alcance. Bailoteó unos instantes, esquivando las ciegas acometidas del sangrante Hiller, y cuando vio un hueco por donde introducir el puño, lo aprovechó.

Hiller se detuvo en seco cuando el mazazo en el hígado le vació el cuerpo de aire y energías. Empezó a doblarse muy despacio, boqueando.

Frente a él, Crane volteó el brazo y le disparó un trallazo bajo el mentón que lo enderezó, tirándolo de espaldas.

Cuando Hiller volvió la cara, la muchacha no pudo contener un grito de espanto. Tenía la mandíbula dislocada y una horrible mueca parecía torcer sus labios.

Crane fue hacia él con pasos medidos. Le agarró por la camisa, levantándole de un tirón. Hiller barbotó un soez insulto.

—Esto ha durado demasiado —dijo Crane.

Disparó la rodilla hacia arriba y el golpe sonó igual que un globo que se vacía de repente. Hiller desorbitó los ojos, y empezó a caer hacia adelante.

Mike Crane retrocedió un paso, apuntaló los pies en la arena y su puño derecho subió como un meteoro, estrellándose en la frente de su tenaz enemigo.

Hiller abrió los brazos y voló. Sus ojos giraron en las órbitas y cuando cayó sobre la arena ya no se movió más.

Jadeando como un fuelle, Mike Crane se acarició la cara, allí donde comenzaba a surgir un oscuro moretón.

La muchacha jadeó:

—¡Lo ha matado!

—¿A ese animal? No diga tonterías. Se necesitaría una bala de cañón para matarlo. Cuando recobre el conocimiento irá a la taberna más próxima y se emborrachará. Le conozco bien.

—¡Pero él quería matarle a usted con aquel cuchillo!

—Está loco, eso es todo.

—Él dijo que usted se llama Crane...

—Mike Crane. ¿A qué ha venido, quiere alquilar mi motora?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

Él se encogió de hombros. Fue a dónde estaba el pulpo, retorciéndose medio hundido en la arena. Lo agarró por la bolsa,

dándole la vuelta, y con él en la mano regresó al agua y lo hundió dos o tres veces hasta que quedó limpio de arena.

—Este amiguito es mi cena, ¿sabe? —comentó, volviéndose.

—Yo soy Vicky Greening.

Él se volvió en redondo.

—¿Greening? —repitió.

—Sí.

—¿Pariente del señor Greening?

—El era mi padre.

Grane enarcó las cejas.

—Nunca habló de una hija —aseguró.

—Ya lo imagino.

—Oiga, usted dijo «era»... ¿Qué es lo que pasa?

—Mi padre ha muerto, señor Crane.

—Lo lamento. No sabía nada. Tardan mucho en llegar las noticias a este rincón.

—He venido para hablar con usted.

—Bueno, vayamos a la casa.

—¿Va a dejar a ese hombre ahí, desangrándose?

—Tiene sangre de sobra, aunque a veces me pregunto si lo que corre por sus venas es sangre, alcohol o veneno. No se preocupe, vivirá.

Echó a andar hacia los escalones labrados en la roca. Ella le siguió apresuradamente.

El interior de la cabaña era rústico, pero confortable y acogedor. Olía a mar y a tabaco. Había una estantería con muchos libros y montones de revistas aquí y allá.

Los butacones enormes ofrecían un buen refugio, y ella se dejó caer en uno, suspirando.

—¿Le gusta vivir aquí? —preguntó.

—No podría vivir en otra parte. Discúlpeme, voy un momento a la cocina. ¿Quiere un *whisky*?

—Con agua, sí, gracias.

Mientras estuvo sola, la muchacha recorrió con la mirada toda la estancia. Una chimenea apagada en un rincón le sugirió las frías noches del invierno, con el viento silbando allá fuera, y los bramidos del mar sacudido por una galerna...

—Espero que haya acertado su medida —dijo él, deteniéndose a

su lado.

—No le oí llegar.

Mike se había envuelto en una bata casera, pero sus pies continuaban desnudos.

Ella probó un sorbo y aprobó con la cabeza.

—Ahora, dígame por qué vino en mi busca.

—Me dijeron que usted era amigo de mi padre.

—Su padre no tenía amigos.

—Ya lo sé, pero al parecer usted era la excepción.

—Me admitía solamente. Le gustaba salir a pescar a alta mar. Le encantaba el golfo de México para pasarse dos o tres días pescando sin cesar. Confiaba en mí, eso es todo.

—Pero usted le visitaba en su casa...

—Algunas veces, cuando él me llamaba.

—¿Para qué?

Crane se encogió de hombros.

—A veces para jugar una partida de billar. Otras, simplemente, para beber unos tragos. Apenas hablábamos, pero él decía que detestaba beber solo, y que conmigo la cosa era más agradable.

—¿Por qué con usted?

—Porque yo no soy muy hablador.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco comprendo que nunca me hablase de una hija.

—Para él, yo era poco menos que una extraña. Cuando mamá se separó de mi padre y me llevó consigo, él dijo que las dos estábamos muertas en lo que a su vida se refería.

—Pero al morir parece que se ha acordado de usted, puesto que está aquí.

—Recibí un telegrama. Yo vivo en San Francisco, ¿sabe?

—¿Y bien?

—Me lo envió esa sirvienta que tenía... ama de llaves o algo así, según ella.

—La señora Burges.

—Sí.

—Todavía no entiendo por qué ha venido usted a verme, como no fuera para notificarme el fallecimiento del señor Greening.

Ella titubeó.

—No sólo por eso —se decidió al final—. Usted le conocía mejor que nadie por aquí. Según la señora Burges, nunca admitió a otra persona que a usted en su casa.

—Era un hombre muy retraído, ceñudo más bien. No le gustaba hacer amistades.

—Eso tengo entendido, pero con usted hizo una excepción.

Él se encogió de hombros.

—Termine —dijo con cierta brusquedad.

Ella aspiró hondo.

—Sólo me ha dejado la casa —masculló—. Y él era un hombre rico.

—Vivía como si lo fuera.

—Tema dinero... mucho dinero. Y sólo heredo la casa. Hay una pequeña asignación para la señora Burges y nada más.

—Repito que no comprendo por qué viene a contármelo a mí.

—Pensé que quizá usted pudiera saber algo de ese dinero. El tal vez le habló...

—Lo único que comentó alguna vez fue que no confiaba en los Bancos, que no quería saber nada con ellos. Decía que si uno ingresa dinero en los Bancos, empiezan las complicaciones con los impuestos y todo lo demás. Eso es todo.

—Voy a decirle algo, señor Crane.

—¿Sí?

—Sé con toda certeza cuánto dinero debía tener mi padre.

—No me lo diga. No me interesa en absoluto.

—Un millón de dólares.

El casi se cayó de espaldas y se quedó sin habla.

Después, cuando recobró la voz, murmuró:

—Usted está completamente loca.

Vicky Greening se limitó a sonreír.

CAPÍTULO II

—Un millón de dólares —repitió ella, momentos después.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Me lo dijo alguien que conoció bien a mi padre, de sus viejos tiempos.

—Muy bien, entonces, búsquelo. O que ese tipo le diga también dónde está el dinero.

Como si no le hubiera oído, ella murmuró:

—Debió esconderlo en alguna parte. Era un cuervo.

—Su amor filial es enternecedor.

—No tengo por qué demostrar lo que no siento. Mi madre y yo pasamos un infierno de privaciones, mientras él lo tenía todo.

—Está bien, no me lo cuente a mí.

—¿Qué sabe del dinero, señor Crane?

El suspiró.

—Está cansándome. No sé una palabra. Nunca me habló de dinero, y le aseguro que, si lo hubiese querido, hubo ocasiones para las confidencias. Pasamos días y días solos en alta mar, pescando con mi lancha.

Ella se levantó.

—Está bien, señor Crane, quizá yo esté equivocada.

—Completamente.

La miró, alta, esbelta, tentadora con el breve vestido de baño, todo su cuerpo dorado por el sol y erguido entonces frente a él.

—Lo buscaré por toda la casa —dijo ella, pensativa—. Pero si no lo encuentro...

—¿Qué?

Sonrió, una sonrisa fría como el hielo.

—Volveré a verle —dijo.

Giró sobre los talones y se dirigió a la puerta.

El la siguió con la mirada. Cuando ella abrió, dio un paso hacia

fuera y se detuvo en seco.

—¡Mire! —exclamó.

Mike llegó a su lado en un segundo. Lo hizo a tiempo de ver desaparecer un hombre tras un promontorio de rocas.

—¡Sach Hiller! —Gruñó—. El puerco... estuvo espiando, creyendo que podría ver una escena de amor.

—¿El?

—Le dije que está chiflado. Espía a las parejas y cosas así.

—Debió escuchar todo lo que hablamos.

—Seguro, aunque no sé de qué le servirá. Adiós, señorita Greening.

—Adiós.

La siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Entonces volvió a la cocina, llenó un vaso con *whisky* y hielo, y salió al porche, tendiéndose en una hamaca.

El sol acababa de hundirse, y un resplandor rojo teñía el cielo del color de la sangre.

Mike Crane estuvo pensando en el difunto señor Greening, y se sorprendió de lo poco que sabía de aquel hombre que le diera buen dinero a ganar, y con el que había compartido muchos días y noches...

Quedó tan abstraído en sus recuerdos, que olvidó el pulpo y la cena, viendo cerrarse la noche y encenderse miríadas de estrellas allá arriba, en un oscuro cielo sin luna...

Habían pasado tres días desde su pelea con Hiller. Mike Crane seguía pensando, de vez en cuando, en la hermosa y sofisticada heredera del estrambótico Greening, pero poco a poco había dejado de preocuparse por la herencia y el supuesto dinero desaparecido.

Estaba repasando la pintura del casco de su lancha cuando la muchacha apareció sobre el risco. Oyó su grito y levantó la cabeza.

Esta vez ella iba vestida con una blusa anudada sobre el estómago y unos *shorts* blancos, ajustados al cuerpo como una segunda piel.

La vio descender hacia la playa y dirigirse al embarcadero, donde se detuvo.

—Hola, señor Crane.

—¿Qué tal, encontró su dinero?

—Ni un centavo.

—Ya veo; por eso ha vuelto, ¿eh?

Se volvió de espaldas a ella, y prosiguió con su labor.

Ella se encaramó por la pasarela, atravesó la cubierta y fue a colocarse a su lado.

—He revuelto toda la casa, incluso el sótano. Ni rastro.

—Mala suerte.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

El sacudió la cabeza. Dejó el pincel y el bote de pintura a un lado, y se encaró con la muchacha.

—Escuche, le dije que yo no sé una condenada palabra del dinero que pudiera tener el señor Greening. Se lo repito ahora. Nunca me habló de su fortuna ni de dónde la escondía. ¿Está lo bastante claro para usted?

Ella asintió, aunque sus ojos seguían mirándole, cargados de dudas.

—Está bien, señor Crane, le creo, pero no se enfade conmigo, ¿quiere?

—No me enfado, sólo que me molesta que sospechen de mí injustamente.

—Señor Crane...

—¡Oh, bueno, llámeme Mike! No necesita tratamientos para dirigirse a mí.

—Muy bien, Mike.

—¿Qué va a hacer ahora, seguir buscando?

—Venderé la casa, desde luego. Ya le dije que yo vivo en San Francisco. Estoy establecida allí.

—Me parece bien.

—Pero antes quiero apurar todas las posibilidades.

—Hágalo, pero no cuente conmigo.

—¿Por qué no?

—Nunca me gustó meter la nariz donde no me importa, y éste es asunto suyo por completo.

—Hay quién no piensa como usted.

—¿De veras?

—Hiller.

El soltó un gruñido.

—¿Ha vuelto a molestarla?

—Estuvo rondando la casa, y al fin me abordó. No dudó en confesarme que había escuchado nuestra charla de la otra tarde... y me ofreció su ayuda para buscar el millón de dólares a cambio de un diez por ciento.

—Entonces, ya lo tiene usted todo solucionado.

—No.

—¿Por qué no?

—Ese hombre me repugna. Cada vez que me mira es como si me desnudara con los ojos; siento una sensación viscosa en todo el cuerpo, y me dan ganas de echar a correr.

Él se limitó a sonreír.

—Está chiflado, ya se lo dije.

—No quiero la ayuda de Hiller, sino la de usted.

—No.

—Mike, estoy sola aquí, soy una extraña para toda la gente del pueblo. No puedo recurrir a nadie y, cuando venda la casa, ya no podré encontrar el dinero. Usted conoció a mi padre mejor que nadie...

—Le repito que nunca mencionó el dinero en nuestras charlas.

—Quizá dijo algo que para usted pasó desapercibido entonces, pero que si lo recordase ahora...

—Olvídelo. No hay nada, nada en absoluto. ¿Cómo he de decírselo para que se convenza?

Vicky asintió.

—Era una esperanza, ¿sabe? No puede culparme por intentarlo.

—No la culpo, sólo le digo que está perdiendo el tiempo.

—Y haciéndoselo perder a usted, ¿no es eso?

—No exagere. Todo lo que tengo que hacer es pintar un poco las raspaduras del casco. La temporada en que los turistas se turnan por alquilar mi barco, ya pasó. Ahora habrá un par de meses de calma.

—¿Tiene mucho trabajo en la temporada?

—Bastante. A la gente le gusta fotografiarse con un buen pez espada como trofeo.

—¿Le gusta esta vida, Mike?

—Si no me gustase, cambiaría.

—Pero siempre sólo en este paraje...

—Cuando me siento demasiado solo, me voy al pueblo. Allí tengo algunos amigos.

—¿Y amigas?

El enarcó las cejas, divertido.

—También.

—¿Muchas?

—No.

—¿Está enamorado, Mike?

Él se echó a reír.

—Está haciendo demasiadas preguntas.

—¿De qué hablaban con mi padre, cuando estaban juntos?

—Más preguntas... No importa, se lo diré; él solía hablarme de sus viajes, cuando era capitán de un carguero. Había navegado por todos los mares del mundo, y le gustaba hablar de ello cuando, durante la noche, nos quedábamos solos.

—¿Qué más?

—No hay más. Sospecho que le encantaba mi compañía porque yo era un buen oyente. Le dejaba hablar y hablar hasta que se cansaba.

—¿Nunca le habló de cómo hizo su fortuna?

—Nunca.

—Mike, alguien se apoderó del dinero de Greening. He de encontrarlo.

—Está usted en su derecho.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—Mire, si realmente su padre poseía una fortuna, y no se la ha dejado a usted en su testamento, es que decidió dársela a otra persona... o en otro caso, significa que nunca existió el millón de dólares. Elija cualquiera de las dos explicaciones, y obre en consecuencia.

—¡El dinero existió!

—Muy bien, de acuerdo, entonces búsquelo.

—Eso es lo que voy a hacer. Yo... pensé que usted me ayudaría.

—Ya le dije que no.

—Tal vez no quiere ayudarme porque tiene miedo.

—¿Por qué habría de tener miedo?

—Quizá se quedó usted con la fortuna, y sólo espera que pase el tiempo para...

—Lárguese, hermana.

—¡Escuche!

—Lárguese —repitió él con una voz que cortaba—. Cuando quiera que me insulte se lo diré. Ahora váyase de aquí y déjeme trabajar en paz.

—De acuerdo, se ha ofendido, pero...

—Tiene dos segundos para salir de este barco. Pasado ese tiempo la arrojaré por la borda.

—¡No se atrevería!

—Pasó el tiempo.

Echó a andar hacia ella.

Vicky leyó la determinación en las rudas facciones de Mike.

—¡No me toque!

Dio media vuelta y bajó la pasarela precipitadamente.

El la vio marchar, con una profunda arruga cruzándole la frente.

Cuando ella hubo desaparecido, volvió a su trabajo, dejándose acariciar por los rayos del sol.

Pronto se cansó. Cerrando el bote de pintura, se quitó los pantalones y, llevando el *slip* de baño, se zambulló en las quietas aguas.

Estuvo nadando un buen rato, tratando de que el mar le aclarase sus ideas. Empezaba a inquietarse por la persistencia con que la imagen de Vicky se afianzaba en su mente. No quería dejarse arrastrar hacia ella ni siquiera por el simple deseo, mucho menos por cualquier otro sentimiento más profundo.

Cuando salió del mar, había un hombre esperándole al pie de los escalones de piedra.

Sacudiéndose el agua, Mike anduvo hacia él para convencerse de que nunca le había visto.

—Hola —exclamó—. ¿Me buscaba a mí?

—Supongo que es usted Mike Crane.

—Seguro.

—Entonces, sí, le busco a usted.

—Ya me encontró. Suba arriba y beberá algo.

—Me llamo Grady. Soy abogado.

—No tengo ningún lío con la ley, que yo recuerde.

—Eso es cosa suya.

—Quiero decir que no hará negocio conmigo.

—Ya lo hice.

—Lo dudo.

Subió los escalones, rústicos y desiguales, seguido por el abogado.

Arriba, le hizo esperar el tiempo de vestirse y preparar un trago, junto con otro para su visitante.

—¿Mucho hielo? —preguntó.

—Sí, gracias.

Brindaron en silencio. El abogado comentó:

—Vive usted condenadamente lejos... He dado una buena caminata para llegar aquí.

—¿Desde dónde?

—Bueno, desde el pueblo. Pero vengo de Baton Rouge.

Mike dejó escapar un silbido.

—¿Desde Baton Rouge sólo para verme a mí?

—Ni más ni menos.

—No puedo imaginar ni una sola razón para que se haya tomado tanto trabajo.

—Amigo, se sorprendería usted de las cosas raras que tiene que hacer un hombre con mi trabajo. Una vez me obligaron a ir a las Bahamas, sólo para entregar un certificado de divorcio. Me costó una semana dar con la interesada.

—Afortunadamente, yo nunca me divorcié.

El abogado apuró el *whisky* y luego abrió la cartera.

—No obstante, también vine aquí para entregar una carta.

Y se la tendió.

Mike tomó el sobre alargado. Llevaba su nombre y dirección escritos a máquina. En el reverso había cinco sellos de lacre rojo.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó.

—No lo sé. Me pagaron para que custodiara esta carta y viniera personalmente a entregársela, cuando él hubiese muerto. Y aquí estoy.

—¿El?

—El señor Jossua Greening.

—¿Greening le dio esta carta para mí?

—Así es.

—¿Cuándo?

—Hace casi un año... Diez meses, para ser exacto. Me pagó muy bien, sólo por guardarla y venir en persona a entregársela cuando él falleciera.

Mike estaba dando vueltas al sobre entre sus dedos. Algo empezó a oprimirle el estómago.

—¿No sabe usted qué contiene?

El abogado Grady se encogió de hombros.

—Ni idea, ya se lo he dicho antes. El señor Greening tuvo buen cuidado de que yo no lo supiera, asegurándose, además, de que le dejaría a usted solo para leerla.

—Eso me parece absurdo.

—Y a mí, pero quien paga, manda, y él me pagó. Así que buena suerte, amigo, y si alguna vez necesita un consejo legal, acuérdesse de mí: Grady, de Baton Rouge.

Hizo un gesto despreocupado con la mano y abandonó la casa, antes de que Mike pudiera reaccionar.

Corrió a la puerta, viéndole alejarse por el estrecho sendero entre las peñas.

Pensativo, regresó al interior. Rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel, que desplegó. Estaba escrita a mano, y reconoció la angulosa escritura de Jossua Greening.

La leyó de un tirón, mientras un escalofrío estremecía su cuerpo, a medida que avanzaba en la lectura.

Cuando terminó, estaba tan aturdido como si alguien le hubiese descargado un mazazo en la nuca.

Dejó el papel sobre la mesita, y fue a servirse un *whisky*, que apuró de un trago. Después llenó otra vez el vaso y, con él en la mano, volvió a tomar el papel y lo leyó de nuevo.

No había duda; la cosa estaba allí, clara, hiriente, asombrosamente increíble.

No era una carta larga, pero su contenido era como para que un hombre empezara a dudar de su razón.

Porque Jossua Greening había escrito:

«Querido Mike: Si lees esta carta significa que yo ya he muerto. En toda mi vida nadie pudo soportarme, o quizá no encontré las personas adecuadas hasta que tropecé contigo. Tuve mujer y una hija. La madre murió, pero la hija vive. Hice un viaje a San Francisco para conocerla. Es una harpía despiadada, ceñuda y llena de odio, así que para mí

sigue estando muerta. Le dejo la casa, y que haga lo que quiera con ella. También dejo algún dinero para la buena señora Burges, que tanta paciencia ha tenido conmigo. Todo lo demás es para ti, muchacho. En cierta forma, tú has sido mi espejo, o quizá eres el hijo que nunca tuve. Cuando uno llega a viejo, dicen que chochea. Tal vez sea cierto. Encontrarás el dinero y los bonos al portador en una bolsa impermeable, enterrada en nuestro refugio de La Roca. Tú sabes el lugar. Es todo tuyo, Mike, casi un millón. De haberlo dispuesto así en mi testamento, esos malditos del Fisco se habrían llevado la mayor parte, y nunca he permitido que me robaran ni un centavo para los impuestos».

«Buena suerte, Mike, muchacho. Y gracias por las horas tan gratas y llenas de paz que me proporcionaste».

«Capitán Jossua Greening»

Eso era todo.

Pero era suficiente.

Mike Grane tardó horas en darse cuenta cabal de todo el significado de aquel escrito.

Era dueño de casi un millón de dólares.

No podía creerlo.

CAPÍTULO III

Vicky se volvió, impaciente.

—Váyase al pueblo, señora Burges —dijo, de mal humor—. Quiero estar sola. ¿Comprende? ¡Sola!

—Muy bien, como usted quiera.

—Y no regrese antes de la noche. He de volver a registrar toda esta maldita casa.

La vieja ama de llaves asintió. Luego, giró sobre sus pies y salió.

Vicky se acercó al ventanal y esperó hasta verla alejarse por el camino.

Suspiró, aliviada. Corrió escaleras arriba hasta una habitación, que abrió con una llave.

Dentro, un hombre se levantó de la cama de un salto.

—¡Nena! Creí que ibas a dejarme morir de ansiedad aquí dentro.

Ella se echó en sus brazos, y ambos se besaron apasionadamente, acariciándose con un frenesí incontenible.

—Antes quise deshacerme de la vieja —explicó ella, al fin, apartando la cara—. Ya tuve bastantes dificultades, introduciéndote aquí sin que te viera.

—Sigo pensando que es una tontería. ¿Qué le importa a esa vieja si recibes a un amigo?

—No quiero arriesgarme. No sé cómo saldrá todo esto, ni cómo terminaremos. Es preferible que nadie conozca tu existencia, Paul.

Él se encogió de hombros.

Volvió a besarla, y después murmuró:

—Ahora cuéntame qué pasa con el dinero.

—No hay ningún dinero.

Paul Jordán dio un respingo.

—¿De qué estás hablando? Yo sé que el viejo amasó más de un millón de un solo golpe, en su último viaje. Y sabes perfectamente que ni siquiera contando lo que costó esta casa ha gastado más de

doscientos mil...

—Te repito que no hay dinero. El testamento menciona claramente esta casa, que me lega a mí, y diez mil dólares para la vieja. Esos diez mil dólares estaban depositados en manos del notario, hace meses. Eso es todo lo que el maldito vejestorio estableció en su testamento.

—Entonces, ¿qué hizo del dinero? Debía quedarle alrededor de un millón. Fue por ese dinero que me metí en este lío, nena, ya lo sabes.

Ella asintió, rechinando los dientes.

—He averiguado que nunca quiso tener tratos con los Bancos, por temor a que los agentes de impuestos metieran la nariz en sus asuntos. De modo que el dinero debió ocultarlo en alguna parte.

—¿Aquí, en la casa?

—Ojalá lo supiera. La registré de arriba abajo. Sólo me falta echar abajo las paredes.

—Volveremos a registrar, nena. No pudo despilfarrar un millón, con la clase de vida que llevó en este retiro.

—Entonces, manos a la obra, querido.

El soltó un juramento. Era un hombre alto y delgado, apuesto, rondando los treinta años. Sus correctas facciones resultaban de un encanto casi afeminado, pero el brillo implacable de sus ojos desmentía cualquier asomo de debilidad.

—Estoy pensando —masculló— que no podemos dar con el dinero hasta averiguar si realmente hizo algunas inversiones que desconocemos...

—¿Inversiones? Olvídalo; le pregunté al abogado, ese otro vejestorio del pueblo, que llevaba sus asuntos. No compró nada en absoluto.

—No comprendo bien esto, nena...

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo un poco. Si hubiese escondido el dinero, en su testamento habría dispuesto de él. No es posible que fuera tan idiota como para desear que siguiera oculto para siempre. Si no quería dejárselo a, su hija, lo lógico hubiera sido incluir una cláusula nombrando a la persona a quien destinaba su fortuna... y tú dices que en el testamento no hay una palabra sobre esto.

—Nada, Paul, nada en absoluto.

—Entonces, se me ocurre que alguien se pasó de listo.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien lo ha escamoteado.

—Pero ¿quién? Hubieran debido falsificar incluso el testamento...

—¿Y quién nos asegura que no fue eso lo que hicieron?

Ella dio un respingo.

—¡El abogado, ese vejestorio! Pero no puedo creerlo...

—¿Quiénes firmaron como testigos?

—La vieja señora Burges y el propietario de una taberna del pueblo. Le llamaron a él porque estaba al lado del despacho del abogado.

—Mal asunto. Apuesto a que ni siquiera lo leyeron.

—La señora Burges, seguro que no. Ya le pregunté al respecto.

—¡Condenación! No podemos dejar escapar esa fortuna, primor. Recuerda lo que nos ha costado hasta ahora... lo que hemos hecho para obtener ese millón.

—Si no aparece, nos queda la casa. Hay una oferta de cincuenta mil dólares por ella.

—¡Cincuenta mil dólares! —estalló Paul, colérico—. Hicimos grandes proyectos, nena, ¿lo recuerdas? Para lo que planeamos, cincuenta mil dólares son una limosna, con la que ni siquiera podemos iniciar nada.

—Lo sé, cariño...

Se interrumpió al oír unos golpes en la puerta de la casa, abajo. Ambos se miraron, y él gruñó:

—¿Esperabas a alguien?

—A nadie. La vieja no regresará hasta la noche... No te muevas ni hagas ningún ruido. Bajaré a ver.

Si asintió. Vicky cerró la puerta a sus espaldas cuando salió.

Descendió las escaleras, sin apresurarse. Sonó otra llamada, y entonces gritó:

—¡Ya voy, un momento!

Al abrir casi dio un salto atrás al reconocer a Sach Hiller plantado en el umbral. Había una expresión demoníaca en su cara, donde la nariz, oculta por un parche adhesivo, y las vivas señales de los golpes resaltaban escandalosamente.

—Hola, preciosa. ¿Puedo entrar?

—No. Buenas tardes, señor Hiller.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero él introdujo un pie y luego empujó con el hombre.

—Despacio, nenita —rió—. He visto a la vieja Burges entrar en el pueblo, así que estás sola. Vengo a hacer un trato contigo. Te interesará.

—¡No me interesa nada que venga de usted!

—Ahí es donde te equivocas. Tengo una noticia bomba.

—¡Salga de aquí!

—No creo que puedas echarme esta vez. ¿No comprendes, nena? Todo lo que quiero es ayudarte. Te traigo una noticia que te interesará, y todo a cambio de que seas complaciente conmigo... ¿Es tan difícil, cariño? Sólo con que te portes bien con el bueno de Hiller, y haremos el negocio...

Avanzaba paso a paso mientras barbotaba palabras con voz ronca. Sus ojos tenían un brillo febril.

Vicky corrió hacia la escalera.

—¡Deténgase, Hiller! —gritó—. ¡Párese donde está o no hay negocio!

El se detuvo a regañadientes. Sobre su cabeza, una puerta chirrió. Si no hubiera estado excitado, ciego y sordo para todo lo que no fuera aquella mujer, el chirrido quizá le hubiera puesto en guardia, pero en las condiciones en que se hallaba, ni siquiera lo oyó.

—¿Cerramos el trato, nena? —barbotó.

—Hable primero.

—Ni lo sueñes. El pobre y tonto Hiller no es tan idiota como eso. Primero ven aquí, busquemos un lugar tranquilo donde puedas demostrarme cuánto quieres a Hiller... y después te daré la gran noticia.

—No le creo una palabra. Es toda una patraña para poseerme.

—Créeme, nena... pórtate bien conmigo y tendrás lo que quieres. Me has vuelto loco, de veras... En el pueblo no hay mujeres como tú...

Avanzaba otra vez poco a poco. Vicky reflexionó aceleradamente. Si realmente aquel energúmeno poseía un secreto referente al dinero del capitán Greening...

Ni se movió de donde estaba. Parecía una estatua de oro erguida

y quieta, tan quieta que el propio Hiller se asombró al ver que no trataba de huir.

Soltó una risotada.

—Has decidido amar un poco al bueno de Hiller, ¿no es cierto, pequeña? Te trataré bien... Nos divertiremos como nunca, palabra...

Sus manos como tenazas se cerraron sobre los brazos de la muchacha.

Ésta dominó su miedo y repitió:

—Dime qué sabes, Hiller, dímelo ahora...

—Todavía no... Después.

De pronto, brutalmente, la rodeó con los brazos, apretándola con tanta rudeza que ella se dobló hacia atrás, chillando de dolor.

—¡Salvaje, suéltame! —gritó.

Arriba apareció Paul Jordán. Empuñaba un revólver de cañón corto, y sus ojos chispeaban.

Bajó los escalones pisando como un gato, sin que el obsesionado Hiller le descubriera.

Vicky continuaba debatiéndose cuando Paul descargó un terrible culatazo en la nuca del asaltante. Hiller dejó escapar un quejido y se derrumbó, rodando los tres o cuatro peldaños hasta el suelo del vestíbulo.

Jadeando, la muchacha se recostó en la barandilla.

—¿Quién es ése, querida? —indagó Paul.

—Un tipo medio chiflado, Paul... ¿Oíste lo que dijo?

—Todo.

—Quizá sea cierto que sabe algo importante.

—No me digas que esa bestia sabe lo del dinero.

Ella asintió.

—Estuvo espionando una conversación que tuve con el único hombre que el viejo admitía en esta casa. Lo sabe todo... Incluso se ofreció a ayudarme a buscar el millón...

—Nena, se me ocurre que has dado demasiada publicidad a este asunto. Si nos descuidamos, todo el pueblo estará de cabeza, buscando nuestra fortuna.

Hiller se quejó, revolviéndose hasta quedar sentado. Balanceó la cabeza de un lado a otro, gruñendo.

Jordán descendió los peldaños y se plantó frente a él.

Vicky le advirtió:

—Ten exudado, Paul...; es terriblemente fuerte. Le vi pelear, y fue algo espantoso.

—Debió serlo para que le pusieran la cara de este modo... ¡Tú, puerco, levántate!

Hiller bizqueó al tratar de enfocar la mirada.

Primero vio el revólver que le apuntaba. Después miró al hombre.

—¿No me oíste? ¡Arriba!

Boquiabierto, se levantó. Parecía aturdido.

—¿Quién demonios es usted? —graznó.

—Yo pregunto, bastardo, y tú respondes. ¿Está claro?

Hiller paseó la mirada de uno al otro.

—¡Maldición! Ahora comprendo... Ése es tu amor, ¿eh, nena? Toda una belleza...; pero te equivocaste. Ahora es cuando lo pierdes todo.

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta resueltamente.

El revólver ladró una vez. La bala pegó cerca de los pies de Hiller, y aulló al rebotar hacia arriba hasta incrustarse en el techo.

—La próxima vez apuntaré más alto —aseguró Jordán.

Perplejo, Hiller se volvió.

—Oiga, hijo de perra, ¿qué cree que conseguirá haciendo tanto ruido?

—Esta casa está aislada, así que nadie vendrá a ver qué sucede. Y para entonces tú estarás tan lleno de plomo que tus piernas no podrán sostenerte.

—¿Quién es aquí el loco?

Paul rechinó los dientes.

—Tú dijiste que sabes algo importante referente al dinero de Vicky. Suéltalo, antes que pierda la paciencia.

—Averígüelo, si puede. Yo soy mudo.

Jordán levantó un poco el revólver. Vicky chilló:

—¡Mátalo, si no habla! Cada vez que le veo siento ganas de vomitar.

Hiller se volvió hacia ella, herido en lo más profundo de su orgullo.

—¡Maldita zorra! ¿Qué crees que eres tú para andarte con tantos remilgos?

—¡Ya basta! ¿Quieres hablar, Hiller? No lo repetiré.

—¡Vete al infierno!

Inició de nuevo el camino hacia la puerta.

Y de nuevo el revólver tronó, sólo que esta vez la bala atravesó la pierna derecha de Hiller, derribándole dando tumbos.

—Te advertí. Esto no es ningún juego, ni nosotros somos aficionados —dijo Paul Jordán.

Hiller se miró la sangre. Era tanta la ira que sentía que apenas notó el dolor de la herida.

Comenzó a lanzar una sarta de insultos, que hicieron temblar las paredes. Jordán fue hacia él y le descargó un puntapié en la cara que le tiró de espaldas otra vez.

—¿Y bien, amigo, hablas o no?

El revólver le apuntaba a la cabeza. Vio el negro orificio del cañón tan cerca, que se le antojó la boca de una pieza antiaérea.

La pierna empezó a dolerle horrores. Hizo una mueca y se rindió:

—De acuerdo —barbotó—. Pero ajustaremos esta cuenta tarde o temprano, hijo de perra.

—Cuando quieras. Y ahora, veamos la noticia.

—Mike Crane recibió la visita de un abogado de Baton Rouge. El abogado traía una carta que guardaba por orden del viejo Greening... Una carta con muchos sellos de lacre. Yo la vi, espiando desde una ventana.

Paul y Vicky cambiaron una mirada.

—Sería una gran cosa que supieras también lo que decía esa carta —masculló Jordán.

—No lo sé, pero vi a Crane cómo la leía. Se quedó paralizado de estupor, rígido. Debía ser algo muy importante, porque yo nunca había visto a ese tipo tan alterado. Y el abogado le dijo que Greening había dado órdenes de que la carta sólo fuera entregada cuando ya estuviera muerto.

—Y tú pensaste que en la carta constaba el paradero del dinero, ¿no es eso, Hiller?

—Cualquiera lo hubiera pensado...

—¿Tú qué opinas, nena?

Vicky murmuró:

—Pudiera ser... Ese individuo, Crane, era el único amigo del

viejo aquí, el único que le frecuentaba. Salían juntos a pescar, y se pasaban días y noches solos en alta mar. Sí, pudiera ser, querido.

—¿Entonces...?

—Yo averiguaré qué contiene esa carta, puedes estar seguro.

—¿Crees que lo conseguirás?

Ella sonrió.

—Puedes apostar doble contra sencillo a mi favor.

—De acuerdo. Ahora, ¿qué hacemos con éste?

Hiller gruñó:

—Necesito que me vea un médico. Y no puedo andar.

—Los médicos denuncian las heridas de bala. Eso es un mal asunto, Hiller.

Vicky se echó a reír.

—Ahora no estás tan agresivo, sucio granuja... ¿Paul?

Éste la miró, preocupado.

—¿Tú crees?

—Hay un acantilado cortado a pico detrás de la casa.

Hiller dio un respingo.

—¡Eh, esperen un minuto! —vociferó.

Jordán se encogió de hombros.

—Eres un estorbo, en tus condiciones —dijo—. Y no estamos en situación de que nadie venga a husmear donde no debe.

Hiller, petrificado, jadeó:

—¡Oiga, no puede hacer eso!

—Yo creo que sí.

Tiró del gatillo. El revólver vomitó una llamarada y un rugido, al tiempo que Hiller era empujado hacia atrás por el proyectil.

Cuando su cabeza pegó contra el suelo, ya estaba muerto.

Vicky rezongó:

—Sácalo antes que ensucie demasiado la alfombra. La vieja es una fisgona.

Para el desgraciado Hiller, ése fue un lamentable epitafio.

Pero no tuvo otro. Minutos después, su cuerpo se hundía en las aguas del golfo de México. La tumba líquida se cerró sobre él, ocultando el horrible secreto del despiadado crimen.

CAPÍTULO IV

La Roca era simplemente eso: una gigantesca roca emergiendo del mar a diez millas de la costa, hacia el Sur.

Cuando navegaban en busca de grandes peces con el viejo Greening, solían desembarcar en ella las noches ardientes del verano.

Encendían una fogata cerca de una cueva, su refugio, y dejaban pasar las horas casi en silencio. Sólo de vez en cuando el excapitán de marina hablaba de alguno de sus viajes. Luego callaba y sólo el crepitar del fuego turbaba el rumor del mar, que les acunaba con la dulce inmensidad de su sonido y su voz.

Mike aseguró la amarra de la lancha y saltó sobre las rocas. Se dio cuenta, de pronto, de que era la primera vez que desembarcaba solo en ese desolado roquedal, y se preguntó cuándo el viejo habría enterrado aquella fortuna.

Recordó una noche, hacía meses, que Greening insistió en quedarse solo... Le mandó a navegar en torno a la isla, «sembrando» trozos de camada. Entonces le sorprendió ese extraño proceder, pero Greening era un tipo ceñudo y extraño, y pagaba bien, de modo que le obedeció.

Por la mañana, la camada había desaparecido y no pescaron nada.

Pero debió ser durante aquella noche cuando enterró su fortuna.

La cueva era profunda. Se abría a media ladera, y el interior estaba impregnado de humedad. El suelo, en algunos trechos, tenía una buena profundidad de arena, acumulada allí por los temporales y los vientos huracanados del golfo.

Comenzó a escarbar, primero cerca de la entrada.

Cuando encontró roca dura lo dejó, y se deslizó hacia adentro.

La bolsa apareció al tercer intento.

Era gruesa, de tela impermeable, recubierta de plástico.

Con dedos frenéticos, la abrió, valiéndose del cuchillo.

Una catarata de billetes y grandes hojas de papel azulado aparecieron cuando la volcó en el suelo. Montañas de dinero.

Las hojas azuladas eran bonos del Gobierno al portador.

Le llevó más de una hora contar cuidadosamente todo aquello.

Los bonos sumaban quinientos mil dólares.

Los billetes, cuatrocientos veinte mil.

¡Novecientos veinte mil dólares en total!

Se quedó sin aliento, aturdido. Sus manos temblaban.

Nunca soñó poseer tanto dinero. No tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer con él.

Pero estaba seguro de que lo aceptaba, sin la menor duda. El viejo Greening era tajante, en su carta, al respecto. El dinero era suyo, indiscutiblemente.

Pensó en Vicky, y en la descripción que Greening hacía de ella. No parecía una harpía precisamente. Ni rebosaba odio. Sólo desprecio hacia el hombre que había cerrado sus puertas a la madre y la hija...

Volvió a cerrar la bolsa con todo su contenido, laató y enterró. Cuando se disponía a salir de la cueva, se dio cuenta de que en el suelo quedaba un fajo de billetes.

Lo recogió. Tras contarlo, se encontró con diez mil dólares entre las manos.

Era demasiado dinero. Pero lo metió en sus bolsillos y regresó a la lancha.

Necesitaba pensar, reflexionar sobre la mejor manera de manejar aquella fortuna sin levantar sospechas ni suspicacias.

Puso el motor en marcha, despegó la embarcación de las rocas con cuidado y emprendió el regreso a su pequeña ensenada.

Cuando saltó al embarcadero, vio la blanca figura allá arriba, en el porche de su cabaña. El corazón le dio un vuelco, al reconocerla.

Agitó la mano, y ella le correspondió.

Diez minutos después, estaba a su lado.

—¿Hace mucho tiempo que llegó?

—Sólo unos minutos. Le vi venir con su barco... Navega como un delfín.

—Es una buena embarcación. ¿Cómo le van las cosas?

Ella agitó las pestañas.

—Muy mal. He cerrado el trato para vender la casa en cincuenta mil dólares.

—¿Y dice que va mal? Eso es un buen negocio.

Entró en la cabaña y ella le siguió. Estuvo preparando unas bebidas, sin que Vicky dijera nada.

Luego, cuando se volvió, ofreciéndole un vaso, ella dijo:

—Me despedí del millón de dólares.

—¿De veras?

—Vine a decírselo... Usted parecía enfadarse cada vez que le hablaba de eso. Me tomaba por un pozo de ambición. ¿No es cierto?

—Ni mucho menos.

—Bueno, pues he renunciado. Quería que lo supiera.

Bebió un largo sorbo, y Mike la imitó.

Después murmuró:

—¿Por qué cree que yo debía saberlo?

—No lo sé... Pensé que me gustaría que guardase un buen recuerdo de mí.

—¿Por qué?

—¡Oh, demonios! ¿Siempre es tan condenadamente obtuso?

Crane parpadeó.

—Sigo sin comprenderla, Vicky.

Ella apuró el resto del *whisky*. Había dejado su gran bolso playero sobre una butaca. Lo abrió para sacar un paquete de cigarrillos.

Encendieron los dos, y ella devolvió el paquete a su bolsa.

—Cada vez que estoy a su lado, usted se muestra terriblemente brusco conmigo, Mike.

—Yo no...

—¡Usted, sí! ¿Por qué? ¿Trata de defenderse? ¿Tiene ruedo de enamorarse de mí?

El sacudió la cabeza.

—Trata de acorralarme, o de burlarse...

—¡No, Mike...!

—Entonces, ¿qué?

—Creí que se había dado cuenta. Me gustó desde aquel día que le vi pelear por mí.

—¡Que usted...!

Ella asintió. Mike dejó el vaso sobre la mesa y la sujetó por los

brazos.

—¿Habla en serio?

—Nunca en mi vida hablé más seriamente. Tampoco antes había sentido lo que siento ahora... por ti.

Los labios de la muchacha temblaron. Sus grandes ojos estaban casi cerrados, pero a través de las pestañas centelleaban.

Mike la apretó contra su pecho. Su piel era suave y cálida, y parecía fundirse entre sus manos.

Encontró los labios, y ambos se unieron desesperadamente.

El sueño de sus últimas noches fue realidad en aquellos instantes, mientras la estrechaba entre sus brazos, mientras estrujaba sus labios con fuerza y sentía todo su calor comunicándose a su cuerpo.

—Te quiero, Mike —susurró la muchacha.

Los labios cosquillearon los suyos.

—Yo creo que te quise en cuanto te vi, pero me negaba a reconocerlo. Tú estabas en lo cierto... tenía miedo.

—¿De mí, querido?

—De que, si me dejaba vencer, perdiera esa libertad que es mi vida.

—Y ahora, ¿ya no lo temes?

—Ahora, no. Tú lo eres todo: la libertad, la misma vida...

—Bésame, Mike.

Lo hizo, una y otra vez. Los brazos de la muchacha se habían enroscado en torno a su cuello.

La vorágine le envolvió. Era mucho más que su bello sueño. Era alcanzar el paraíso con las manos.

Sin dejar de besarla, la levantó en vilo y echó a andar.

Crane salió a la terraza y encendió un cigarrillo.

Sobre el mar, los últimos rayos del sol poniente extendían una capa rojiza, con destellos dorados.

Los acantilados se reflejaban, oscuros y lóbregos.

Instantes después, Vicky se reunió con él, arreglándose el cabello revuelto.

Le rodeó la cintura con su brazo, y señaló hacia el mar.

—Mira, ¿no es maravilloso, querida?

—Tu paraíso.

—Ahora, el tuyo también.

—Voy a casarme contigo, Mike. Acabo de decidirlo en este momento.

—Apenas puedo creer que tenga tanta suerte... que sea tan feliz, gracias a ti.

La miró, sintiendo una ternura desconocida hasta entonces.

Ella no sabía nada del dinero. Seguía pensando que él era pobre, que no poseía otro negocio que su embarcación, ni otra fortuna que aquella cabaña...

—Te quiero —murmuró, casi sin darse cuenta.

Ella le sonrió, apoyando la cabeza sobre su amplio tórax.

—Si hubiese encontrado la fortuna de mi padre —dijo—, creo que me hubiera quedado aquí igualmente, contigo. Te amé desde el principio... y seguiré amándote igual, sin un centavo.

El suspiró.

—El caso es, pequeña, que tendrás el dinero.

—¿Qué dinero?

—El de tu padre.

Ella dio un respingo.

—No bromees, Mike...

—No es ninguna broma. Toma, lee esto.

Sacó la carta de su bolsillo, y se la dio a leer.

Temblando, Vicky la leyó. El estupor la dejó muda. Después, volvió a leerla, y susurró:

—La Roca... ¿Qué significa eso?

—Es un promontorio rocoso, desierto, que hay diez millas al sur. El dinero y los bonos están enterrados en una cueva.

—¡El millón de dólares!

—Poco le falta para que esté completo.

Ella estrujó el papel entre sus manos, y exclamó:

—¡Ahora que casi no me importaba...! ¡Oh, Mike!...

—Nena, creo que necesitas un trago.

—Sí, y otro cigarrillo.

Entraron, y él fue a preparar las bebidas. La muchacha tomó el bolso y regresó a la terraza.

Mike Crane salió poco después con los dos vasos. Bebieron casi todo su contenido. La muchacha suspiró largamente.

—Es increíble... ¡Tanto dinero! —musitó, entre dientes.

—Lo conté, y volví a dejarlo allí. No supe qué hacer con él.

—Qué tonto eres, amor...

Dejó el vaso sobre la mesita. Él estaba apoyado en la baranda, casi sentado sobre ella.

La muchacha abrió el bolso. Él estaba bebiendo otro sorbo cuando sacó la mano del bolso, armada con un revólver.

—Increíblemente tonto, «querido».

Mike parpadeó. El revólver le apuntaba sin un temblor, sin una vacilación.

—¡Vicky! —exclamó.

—Sabía que recibiste esa carta... Me faltaba conocer su contenido, y ahora ya lo sé.

—Todo fue una farsa...

—¿Qué creías, en un amor apasionado y romántico?

—Te entregaste a mí solo para...

—Bueno, pensándolo bien, no eres un tipo despreciable.

—¡Maldita!

Se irguió, lleno de ira.

Entonces, ella disparó. El bronco estampido del arma retumbó en la caleta, y se perdió mar adentro.

Pero la bala no se perdió. Le dio a Mike Crane en el pecho, tirándolo hacia atrás. Tropezó con la barandilla y manoteó unos instantes, aferrándose al vacío antes el caer, desapareciendo de la terraza.

Ella guardó el revólver en el bolso y se asomó, a tiempo de verle rebotar sobre la arena y quedar inmóvil.

—Tan tonto que daba pena —musitó.

Limpio el vaso en que había bebido, valiéndose de un pañuelo. Después, tras dar un vistazo a su alrededor y comprobar que la carta estaba en el bolso, se alejó caminando con resolución por el estrecho y abrupto sendero.

Debía haberse desatado una galerna, a juzgar por el estrépito.

Se removi6, inquieto. El incesante rugido sonaba en su cabeza, torturándole.

Una tempestad, seguro.

Luego, la tempestad amainó y sólo quedó un sordo dolor en el pecho y en todo el cuerpo, y una extraña laxitud, un vacío en el que no había nada.

—¿Me oye, señor Crane?

La voz de mujer era suave, acariciante.

¡La voz de mujer!

Entonces recordó. Fue igual que un chispazo que abriera una brecha en las tinieblas de su mente.

—¡Señor Crane!

—¡Maldita zorra...!

—¿Qué dijo?

Parpadeó. Quería verla, apretarle la garganta hasta que muriese lentamente...

Sobre él había una cabeza rubia. Una cabellera larga, suave como las arenas de la playa, y algo blanco flotaba sobre ella.

—No se mueva; llamaré al doctor Ericsson.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Brenda, su enfermera, señor Crane.

—Mi...

—No se mueva.

La visión se esfumó.

Poco después, el doctor Ericsson se inclinó sobre él.

—Reacciona usted bien, Crane —le dijo—, pero no debe moverse todavía. ¿Entiende mis palabras?

—Sí...

—Ahora ya pasó el peligro, pero está extremadamente débil. Hay un par de detectives que quieren hablar con usted, pero no voy a permitirlo hasta mañana.

—¿Detectives?

—Naturalmente. Le encontraron con un balazo en el pecho, amigo mío. Pero ahora descanse. Nadie le molestará.

—Gracias, doctor.

—No me las dé. Algún día saldré a pescar en su barco, y entonces ajustaremos cuentas.

—Cuando... cuando quiera.

—Ahora la enfermera le pondrá un calmante para que duerma.

Notó un pinchazo en el brazo, y después nada, todo se esfumó en una dulce niebla.

Despertó, y en el primer instante creyó que estaba solo y a oscuras. Después descubrió una pequeña luz encendida en un ángulo y la figura blanca sentada en una silla.

—¿Brenda? —jadeó.

—Hola, señor Crane.

—¿Siempre está usted aquí?

—Desde que salió del quirófano... Supongo que mañana ya no será necesario vigilarle tan estrechamente. Está reponiéndose bien.

—¿Tan mala fue la cosa?

Ella se había acercado y arreglaba las ropas de la cama.

—Yo diría que fue peor... El doctor Ericsson, cuando le vio, dijo que no daba un centavo por usted. Pero le salvó, después de dos horas de quirófano.

—Ya veo...

—La bala estaba muy cerca de su corazón. Y todo su cuerpo era una magulladura...

—Lo recuerdo...

—Ahora trate de dormir otra vez. Ése es el mejor tratamiento.

El clavó sus pupilas en el hermoso rostro de la enfermera. Era de tez suave, casi dorada bajo el oro de sus cabellos. Sus ojos profundos y azules semejaban las profundidades del mar que él buceaba a veces...

—Sólo una cosa, por favor...

—¿Sí?

—¿Cómo me encontraron?

—Tuvo usted una suerte loca, desde luego. La policía dijo que encontraron el cadáver de un hombre en el mar. Estaban haciendo una encuesta entre todos los que viven cerca de la orilla para saber si alguien le había visto antes de que lo mataran... Así llegaron hasta usted, y le encontraron en la arena, moribundo.

—Ya veo...

—¿Satisfecho?

—Sí. Oiga, ¿a quién encontraron muerto?

—A un borrachín... Dicen que era un degenerado llamado Sach Hiller.

Él se estremeció.

—¡Hiller!

—¿Le conocía usted?

—Sí.

—Está bien, ahora duerma o me obligará a pincharle otra vez.

El la miró mientras la muchacha regresaba a su silla.

Tenía unas piernas largas y hermosas, a pesar de las blancas

medias de nylon. Todo su cuerpo era firme y delicado, con una belleza sin estridencias, pero quizá, debido a eso, más sugestivo.

—Dígame otra cosa, Brenda. ¿Cuánto llevo aquí?

—Ésta es la sexta noche.

El dio un respingo. El brusco movimiento le arrancó un quejido.

—¡No es posible! Hay que...

—¡Señor Crane!

—Está bien, está bien, trataré de dormir. De cualquier modo, ya es demasiado tarde.

—¿Para qué?

—Para todo.

Cerró los ojos, pero no pudo volver a conciliar el sueño.

El odio, el rencor y la ira eran una marea que subía más y más, llenándole, ahogándole casi en sus ansias de venganza.

Sólo que ni con el odio y el rencor llegaría muy lejos, y él lo sabía...

CAPÍTULO V

Tardó tres semanas más en poder abandonar el hospital.

Para entonces, muchas cosas habían cambiado, y él lo sabía.

Había pasado horas y horas discutiendo con la policía hasta que pudo convencerlos de que no sabía quién le había disparado. Contó una historia más o menos plausible de un atacante oculto. Le obligaron a repetirla tantas veces, que él mismo acabó casi creyéndola.

Al final le dejaron en paz, íntimamente satisfecho de no haberles dicho una palabra de Vicky, ni de su criminal hazaña, ni de su bello sueño roto.

La venganza le pertenecía por entero, y no pensaba ceder su derecho a nadie.

Poco antes de salir del hospital, el doctor Ericsson le formuló las últimas recomendaciones, asegurándole que estaba perfectamente curado, pero que durante un tiempo necesitaría evitar toda clase de esfuerzos y emociones violentas, si quería restablecerse por entero.

Él dijo a todo que sí.

Después fue Brenda la que acudió a despedirle.

Se miraron largamente. Ella empezó a sonreír.

—Has sido un buen paciente, Mike —dijo, con voz suave, sin abandonar la sonrisa—. Te echaremos de menos.

—Eso tiene fácil arreglo.

—¿Tú crees?

—Tienes libre un día y medio cada semana. Vendré a buscarte y te llevaré a nadar, a navegar en mi cascarón... a que conozcas mi casa.

—Lo pensaré.

—No te concedo mucho tiempo, linda. Tan pronto me sienta lo bastante fuerte, habré de marcharme.

—¿A dónde? Nunca mencionaste eso.

—No había por qué hacerlo antes de ahora.

—¿A dónde vas a ir, Mike?

—A San Francisco.

—Entonces, lo pensaré rápidamente y te daré una respuesta. Puedes venir a buscarme mañana al mediodía.

—No faltaré, Brenda.

Estrechó su mano y la retuvo más de la cuenta entre sus dedos. Después, dio media vuelta y se fue.

La cabaña se le antojó extrañamente sola y triste. Ni siquiera la panorámica del sol poniente, contemplada desde la terraza, le produjo la misma emoción que otras veces.

Todo había cambiado, empezando por él mismo.

Había vivido un maravilloso sueño, que cambió el rumbo de su vida hasta convertirse, de pronto, en una pesadilla.

Aquella noche fue incapaz de dormir. A la mañana siguiente fue al pueblo, enterándose de que la casa de Greening había sido comprada por un forastero, alguien que pensaba pasar allí una parte del verano, y que la hija del viejo propietario se había marchado con los cincuenta mil dólares de la venta y en compañía de un apuesto desconocido que apareció de pronto, como surgido de la nada.

Ni remotamente pensó en ir a La Roca. No dudaba que Vicky y su elegante amigo habían desenterrado el dinero, antes de desaparecer.

A la hora indicada, acudió en busca de Brenda.

Era la primera vez que la veía con ropas de calle, y se quedó boquiabierto. Apenas la reconoció.

Era seductora, enfundada en un ajustado vestido oscuro, que resaltaba el color de su tez dorada, y el brillo de sus cabellos. Descubrió en su cuerpo atractivos que el holgado uniforme blanco ocultaba, y que ahora descollaban, atrevidos y tentadores.

—Deberías vestir siempre así —dijo, mientras retenía su mano —. Apuesto que los enfermos sanarían mucho más pronto...

—Pero se resistirían a abandonar el hospital —rió la muchacha, echando a andar junto a él.

—¿Por dónde quieres que vayamos: por los riscos o por la playa?

—Quiero pisar la arena.

Anduvieron en silencio hasta la playa, donde ella se quitó los zapatos.

—Así me siento libre, casi salvaje —rió.

—Te comprendo. Yo me sentía igual antes de... de que me dispararan.

—¿Y ahora no?

—Todo cambió desde entonces.

—¿Por qué, Mike?

El no respondió.

Llegaron al final de la playa y remontaron el promontorio rocoso, el mismo donde él viera a Vicky por primera vez.

Al otro lado se detuvieron, y Crane murmuró:

—Allí tienes; éste es mi reino.

La muchacha se estremeció, al pasear la mirada por el abrupto y al mismo tiempo acogedor paraje.

—¡Oh, Mike, es un pequeño paraíso!

—¿No habías venido nunca a ese lado de la costa?

—Ni una sola vez. Nunca imaginé que hubiera un lugar tan hermoso.

—Ven, te mostraré la casa.

Ella le siguió, guardando un obstinado silencio, como si temiera romper el encanto con su voz.

El interior del *bungalow* era evidentemente masculino, pero quizá por eso ella se sintió inmediatamente a gusto allí dentro. Pudo comprender a aquel hombre hasta en sus sentimientos más íntimos, sólo con ver su manera de vivir, sus gustos, sus rincones de apariencia descuidada, pero confortables de un modo sin duda funcional.

—¿Siempre has vivido aquí? —murmuró.

—Desde hace seis años, cuando compré el terreno y la lancha.

—Debes ser muy feliz, ¿no es cierto?

Tras una pausa, él dijo:

—Voy a preparar unas bebidas. Encontrarás cigarrillos en esa caja de madera.

Regresó un par de minutos después, con dos vasos empañados por el hielo.

De pronto, ella le espetó:

—¿Qué ocurrió que cambió tu vida, Mike?

—¡Prefiero no hablar de eso!

—Cometes un error. Encerrándote en ti mismo no te librarás de lo que sea que te atormenta.

—¿Vas a hacerme un psicoanálisis?

—No es mi especialidad.

Bebió un sorbo, dejando que él escrutara su rostro con fijeza.

Inesperadamente, Crane murmuró:

—Fue una mujer, Brenda.

—¿Qué?

—La que me disparó.

—Si has de sentirte mejor contándolo, te escucharé. Quizá, después, los dos veamos las cosas de distinto modo.

—No es fácil de explicar. Apenas la conocía... La vi tres veces. Creí estar locamente enamorado de ella... Me exaltaba, eso es. Fingió quererme sin trabas para sonsacarme algo que le interesaba.

—¿Y...?

—Lo obtuvo. No se detuvo ante nada para conseguirlo.

—Comprendo.

—¿Lo comprendes? —dijo, rechinando los dientes—. Entonces no te sorprenderá si te digo que se entregó a mí, fingiendo una pasión tan falsa como el infierno. Después, me pegó un tiro.

El brusco final sobresaltó a la muchacha.

—Ahora sé qué significa la negra sombra que hay en tu mirada, Mike.

—¿De veras?

—Es el odio, el rencor acumulado.

El vació el vaso de un trago. Se hundió en una butaca y se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Por eso quieres ir a San Francisco, para intentar encontrarla...

—¿Intentarlo? No cejaré hasta echarle la vista encima.

—¿Y entonces qué?

—No te comprendo.

—¿Qué sucederá entonces?

—No lo sé —mintió.

Brenda sacudió la cabeza.

—Sí lo sabes, Mike. La matarás. Lo leo en tus ojos. Necesitas hacerle pagar el daño que te hizo. Ni siquiera piensas en el balazo

que estuvo a punto de matarte. Es el despecho por haber sido engañado, burlado en lo que creíste el amor de tu vida... ¿No es cierto?

El no respondió.

—Dime, ¿no es cierto, Mike?

—No me atosigues.

—¿Tienes miedo hasta de confesarlo?

—¡Condenación! Tú ganas. Quiero retorcerle el cuello con mis propias manos, eso es. Después de todo, me dejó por muerto.

—No es eso lo que te duele.

—Cambiemos de conversación.

—¿Para qué? Hasta que no te atrevas a confesarte la verdad a ti mismo, seguirás torturándote.

El la miró. El hermoso rostro de la muchacha estaba tenso, tirante, observándole.

—¿Y si fuera así? —murmuró.

—Explicaría la razón por la cual me has traído aquí. Quieres olvidarla sirviéndote de mí.

—Ahí es donde te equivocas.

Ella se levantó.

—No debí venir. Gracias por el paseo y la bebida, Mike.

—¡Espera!

Ella se detuvo, cerca ya de la puerta, donde él la alcanzó.

—Por favor, no te vayas. Estás en un error Brenda; las cosas no son como tú crees. Es cierto que la odio por lo que me hizo, pero eso no tiene nada que ver contigo. En realidad, supe que aquello fue un espejismo cuando empecé a conocerte a ti en el hospital.

—No trates de arreglarlo ahora...

—¡No trato de arreglar nada! ¿No quieres comprenderlo? A medida que fui conociéndote, me di cuenta de cuán distintas erais las dos. Ella, fría, calculadora, capaz de cualquier baja para obtener sus fines. Tú, dulce, abnegada, sincera... Acabas de demostrar ahora mismo hasta dónde llega tu sinceridad. Además, si te miras a un espejo comprenderás otra razón por la cual perdí la cabeza por ti.

Ella seguía de espaldas a Mike. Se mantuvo rígida cuando él la sujetó por los brazos con suavidad.

—Brenda...

—Me gustaría creer que crees lo que acabas de decir, Mike.

—Créeme. Jamás en mi vida he hablado con más sinceridad.

Se volvió poco a poco. En un murmullo, preguntó:

—¿Te pidió ella que la besaras?

—Sí.

—Yo no voy a pedírtelo.

—Entonces, te lo pediré yo.

Pero no necesitó pedirlo, porque, de pronto, sus bocas se encontraron y fue como si el tiempo se detuviera, o como si de repente hubiesen entrado en un mundo nuevo, brillante y limpio, en el que sólo existieran ellos dos y su incontenible pasión.

CAPÍTULO VI

El chófer puso en marcha el motor del gran autocar.

En la plataforma de embarque, Mike estrechó a la muchacha entre sus brazos. Se besaron apretadamente.

—Vuelve pronto —musitó Brenda.

—No sé cuándo volveré. Sólo te pido que esperes... no importa lo que tarde.

El chófer dio un golpe de claxon, impaciente.

El la soltó, y de un salto estuvo arriba. La puerta se cerró automáticamente, y el gran vehículo se puso en movimiento.

Por la ventanilla, estuvo viendo a Brenda todo el tiempo, hasta que el mastodonte con ruedas dobló la esquina y ya no la vio más.

Había empezado el gran viaje de la venganza.

Atravesó todo el país de este a oeste, empujado por el rencor, como un autómatas guiado por sensaciones oscuras.

Sólo la imagen y el recuerdo de Brenda conseguía que él mismo se sintiera más humano.

Y al fin, San Francisco.

Y el primer fracaso.

El nombre de Vicky Greening constaba en la guía telefónica. Resultaba absurdamente fácil dar con ella.

Las señas correspondían a un edificio de apartamentos, regido por un encargado con cara afilada y ojos astutos.

—¿Greening? —exclamó al oír la pregunta de Mike—. Por supuesto que vivió aquí. Pero ya no está.

—¿Cuándo se marchó?

—Fueron las dos hace dos meses... o quizá un poco más.

—¿Qué quiere decir las dos?

—La señorita Greening compartía el apartamento con una amiga suya. Se llamaba Alice Johnson.

—Comprendo —murmuró, con desaliento—. ¿Sabe a dónde

fueron?

—Bueno, ocurrió algo curioso, usted sabe. La señorita Greening me dejó una dirección, por si llegaba alguna carta después de su marcha. Pero al día siguiente regresó la señorita Johnson y se la llevó. Dijo que lo habían arreglado todo para que la correspondencia les fuera remitida a su nueva casa.

—Sí que resulta sorprendente...

—Bueno, ella iba a casarse, y supuse que era cierto.

—¿Quién iba a casarse?

—Vicky Greening. De todos modos, si hubiese llegado cualquier cosa para ella, se la hubiera remitido igual —rió el hombrecillo.

Mike Crane se estremeció.

—¿Quiere decir que conservó su dirección?

—¡Naturalmente, hombre! La conservé aquí —aseguró, golpeándose la frente con un dedo—. En mi trabajo hay que tener buena memoria para sacarse un jornal decente. ¿Comprende?

—Creo que sí.

Echó mano al bolsillo, y sacó un par de billetes, que dejó sobre el mostrador.

El hombrecillo los atrapó de un zarpazo. Desaparecieron con tanta limpieza como si nunca hubieran estado allí.

—Fue fácil recordarlo... Se fueron a la calle Fulker, dos, dos, cuatro. Creo que queda por Nob Hill.

—Lo recordaré —suspiró Crane—. Pero todo esto resulta endiabladamente confuso para mí. ¿Puede describirme a Vicky Greening y a su amiga?

—Bueno, eso ya es más complicado. La señorita Greening es alta y delgada. Entre usted y yo, le diré que es lisa como una tabla, ¿sabe? No es mi tipo. Pero debía ser el del novio, porque parecía chiflado por ella.

—De modo que como una tabla... ¿Cómo tiene el cabello?

—Muy negro, y lo lleva cortado a la moda, muy corto.

—Ahora, la otra.

—¡Ahí le duele, amigo! Ésa sí que valía cualquier cosa. Tenía unos... y unas piernas como sólo se ven en los anuncios de las revistas. Toda ella era una sinfonía de curvas.

La mirada de Mike centelleó.

—Naturalmente, está refiriéndose a Alice Johnson, ¿no es así?

—Por supuesto.

—¿De qué color son sus cabellos?

—Solía teñirse a veces, pero es rubia.

—Ya veo... Gracias por todo.

—A usted, amigo. Vuelva cuando quiera.

Salió, aturdido. Lo que acababa de saber confundía por completo el cuadro que se había formado en la mente.

Llamó un taxi, y se hizo conducir a la dirección de la calle Fulker.

Ésta era una estrecha avenida, que se retorció empinándose colina arriba. Las edificaciones eran casi todas de una sola planta, rodeadas de pequeños jardines, y alguna contaba incluso con una piscina.

La mayoría de jardines no poseían verja alguna, y sus céspedes llegaban hasta la misma acera.

El número doscientos veinticuatro tenía una decorativa verja de madera, pintada de blanco. Junto a la puerta de la verja había un letrero, anunciando que la casa se alquilaba completamente amueblada.

Mike se detuvo allí, perplejo y desconcertado de nuevo.

Quizá pasaron un par de minutos sin que se moviera. Entonces, tras él, una voz cascada dijo:

—¿Le gusta? Tiene los muebles casi nuevos, y el alquiler no es muy alto.

Se volvió. El hombre que le sonreía tenía un rostro surcado de arrugas, una sonrisa agradable y un par de ojos astutos y escrutadores.

—Lo estaba pensando —mintió Mike—. ¿A quién pertenece?

—A mí, naturalmente. La mayoría de casas de este lado de la calle son mías. Las alquilo amuebladas, ¿sabe? Yo vivo ahí, al otro lado. Por eso le vi cuando se detuvo aquí.

—¿Hace mucho tiempo que está desalquilada?

—¡Qué va! Apenas un mes. Lo raro es que pagaron un trimestre por adelantado, y luego se fueron mucho antes.

—¿Quién la alquiló?

—Un tal Halloran. Iba a casarse y a vivir aquí, pero algo pasó, que estropeó la boda, y se fueron.

—¿El y quién más?

—Halloran y su hermana, por supuesto.

Mike encendió un cigarrillo.

—¿Podría verla por dentro?

—Naturalmente. Tome, ésta es la llave de la puerta principal. Cuando termine, venga a devolvérmela y hablaremos. Me encontrará en mi jardín.

—De acuerdo.

Entró en la casa, notando una extraña opresión en el pecho. No comprendía a qué pudieron obedecer los incomprensibles manejos de Vicky Greening, su rubia amiga y el novio.

La casa estaba bien amueblada, con todos los adelantos para hacerla confortable en extremo, pero él no se entretuvo en ver los muebles.

Simplemente, la recorrió toda buscando algo que no sabía ni remotamente lo que era, pero que estaba seguro de saber si era valioso o no, en cuanto lo encontrase.

Mas los recientes inquilinos no dejaron nada tras sí.

O quizá si algo quedó, el propietario lo sacó, al ordenarla para su ulterior alquiler.

Desilusionado, regresó a la sala principal, y miró alrededor, tratando de imaginar lo que sucedió entré aquellas paredes, buscando una explicación al misterio del alquiler de la casa, al abandono del otro apartamento, a la precipitada marcha de la pareja, a pesar de tener pagado un trimestre por adelantado...

No llegó a ninguna conclusión. Los muebles no podían hablarle, ni los libros de las estanterías, ni los radiadores de la calefacción, mudos testigos de unos sucesos que hubiera dado cualquier cosa por saber.

De pronto, se puso rígido. Si había calefacción, debía haber un sótano.

Lo buscó, y descubrió la entrada en la cocina.

Había dos calderas automáticas de tamaño mediano, una para la calefacción y otra para el agua caliente, instalada en toda la casa. Estaban limpias, demostrando que no habían servido durante meses.

También había algunos muebles viejos, un montón de maderas y mucho polvo.

El suelo era de cemento grisáceo y uniforme. Un color gris, que se oscurecía en el rincón más alejado de la escalera.

Mike se inclinó. No cabía duda: allí había un espacio donde el cemento era más oscuro... y reciente.

Sintió un escalofrío, al tiempo que un terrible presentimiento le asaltaba. Si estaba en lo cierto, quedaría explicado parte del misterio.

Subió precipitadamente para ir en busca del propietario, al que encontró recortando unos setos en su jardín.

—¿Qué, le gustó? —exclamó el hombre.

—Es una buena casa. He observado que hizo obras en el sótano recientemente. ¿Para qué? ¿Había grietas acaso?

—¿Obras? La casa es casi nueva. ¿Por qué había de gastarme el dinero en obras inútiles?

—¿No arregló usted el suelo del sótano?

—¡Pues claro que no!

—Entonces, creo que va a tener usted infinidad de complicaciones. Venga conmigo, y traiga algunas herramientas para levantar el cemento.

—¿Levantar el cemento? —se escandalizó el propietario.

—Venga y verá.

El hombre le siguió, rezongando. Cuando vio lo que Mike le señalaba, se rascó la nuca, perplejo.

—No lo comprendo —gruñó—. Estoy seguro de que eso no estaba así antes de alquilar la casa a ese Halloran...

—De eso también estoy yo seguro. ¿Quiere traer ahora las herramientas?

El hombre palideció.

—Oiga —jadeó—. ¿Piensa que hay alguien enterrado aquí?

—Justamente eso es lo que pienso.

Con un juramento, el propietario echó a correr hacia las escaleras.

Cuando regresó, traía un pico, una pala y un azadón.

Mike tomó el pico, y comenzó a romper la capa de cemento.

No estaba muy endurecido, y resultó fácil hacerlo saltar. El hombre miraba el agujero, que iba agrandándose, con ojos desorbitados.

—Deme la pala...

Siguió trabajando.

Sólo que no necesitó profundizar demasiado. Primero apareció

un jirón de ropa oscura y una oleada nauseabunda del cuerpo en plena descomposición.

Mike se echó atrás. El hedor invadió el sótano en cuestión de segundos, convirtiendo en irrespirable la atmósfera.

—¡Salgamos de aquí; eso ya no es asunto nuestro! —jadeó.

Subieron a la cocina, perseguidos por aquella peste nauseabunda.

El propietario estaba pálido, y sus facciones se habían desecado.

—¡Usted lo sabía! —exclamó, cuando estuvieron en el jardín—. Lo sabía cuándo vino aquí...

—Se equivoca. Imaginaba que había ocurrido algo cuando estuvieron aquí, pero hasta que vi el trozo de cemento distinto no sospeché la verdad. ¿Llama usted a la policía o la llamo yo?

—Supongo que me corresponde a mí...

Y se fue hacia el teléfono.

El sargento se llamaba Madox, y parecía como si le doliera el estómago. La expresión de su cara era amarga, y daba la sensación de estar resentido particularmente con algo indeterminado.

Para entonces se habían llevado los restos descompuestos de un cuerpo de mujer, y toda la casa olía a infiernos.

—Hablaremos mejor en otra parte —gruñó el policía, mientras sus hombres terminaban la rutina policíaca allá abajo, y los peritos buscaban huellas, pulgada a pulgada—. Esto es irrespirable.

—Mi casa está al otro lado de la calle —ofreció tímidamente el propietario.

—Entonces, vamos allá.

Se instalaron en una sala espaciosa y llena de luz. El sargento gruñó:

—Creo que no podré quitarme esa peste de encima en un mes. Bueno, empiece a hablar, amigo. Cuénteme cómo supo que había un «fiambre» allá abajo.

Mike sacudió la cabeza.

—No lo sabía, pero estaba casi seguro de que esa pareja había hecho desaparecer a una mujer en cuanto el portero la describió.

—Más espacio, que yo sepa por dónde navego. ¿Qué portero y qué descripción?

Pausadamente, Mike Crane le refirió su entrevista con el

encargado de los apartamentos de la calle Fulker.

—Él me dijo que Vicky Greening era una mujer alta, delgada, «lisa como una tabla», fueron sus palabras. Y la Vicky Greening que yo conocí y que acudió a cobrar la herencia no era ni remotamente lisa; tenía curvas para marear a un piloto de carreras.

—Una impostora. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Ciertamente. Pero para usurpar el puesto de la verdadera Vicky Greening, ésta debía desaparecer.

—Ya veo. Siga hablando.

Continuó relatando su historia, guardándose algunas cosas importantes, y aclarando otras que se le ocurrían sobre la marcha.

Cuando terminó, el resentimiento del sargento pareció encontrar un motivo determinado.

—Fue usted un estúpido —le espetó—. Si hubiese contado todo eso a la policía de su pueblo, posiblemente hubiésemos echado el guante a esa pareja. Ahora, cualquiera sabe dónde están.

—¡No se me ocurrió...! Yo ansiaba cazar a esa zorra por mi cuenta.

El sargento rezongó una sarta de maldiciones, y al final decidió:

—Vendrá usted a mí oficina para redactar esa declaración a una estenógrafa. Y yo pondré en marcha la maquinaria para echar el lazo a esa pareja...

Efectivamente, puso en marcha la maquinaria de la ley, y Mike firmó una declaración por triplicado.

Sólo que nada de todo ello sirvió de nada. La pareja se había esfumado tan completamente como si hubiera sido engullida por la tierra.

Un mes después del hallazgo del cadáver de Vicky Greening, la policía relegó el caso a su archivo de asuntos sin resolver, esperando que la casualidad, algún día, les pusiera sobre la buena pista.

Pero Mike no abandonó. Prosiguió su búsqueda, implacable, yendo de fracaso en fracaso, de desengaño en desengaño, siguiendo pistas que le abrían nuevas esperanzas y estrellándose al final con un nuevo error, con otro callejón sin salida.

Escribió frecuentemente a Brenda, manteniendo el calor de su pasión, pero sin rendirse. Sabía que si regresaba junto a la hermosa mujer que amaba, nunca más reanudaría la caza.

Y pasó el tiempo, y el dinero empezó a escasearle, a pesar de haber gastado buena parte de aquellos diez mil dólares que la fortuna puso en sus manos allá en la cueva.

Trabajó esporádicamente en las ciudades a las que llegaba en pos de un rastro, siempre falso y que le conducía solamente a otro fracaso.

Así aguantó día tras día, mes tras mes... año tras año.

Ella terminaba de vestirse frente al gran espejo de su cuarto, en la soberbia residencia de Las Vegas. Tuvo no pocas dificultades para enfundarse en el ajustado vestido de lamé de oro. Era una estatua viviente, turbadoramente moldeada, que se complacía viéndose reflejada en el cristal como una diosa cubierta de oro.

La puerta se abrió, y él asomó la cabeza.

—¿Te falta mucho, nena? —preguntó.

—Unos minutos. Ven aquí, querido. Necesito que me abroches el vestido.

—Con mucho gusto.

Se acercó y la besó en la espalda.

—Eres soberbiamente bella, querida mía —murmuró—. No comprendo cómo lo consigues, pero cada día descubro nuevos encantos en ti.

—Adulador... ¿No te cansas de la rutina?

—Contigo, nunca. Además, estamos tan compenetrados...

—Eso es cierto, Harry, querido. ¿Sabes una cosa?

—Dímela.

—Soy completa, absolutamente feliz. Tengo todo lo que siempre ambicioné. Y te tengo a ti.

—Hemos alcanzado la cumbre, sin ninguna duda. Te lo dije desde el principio. Todo lo que necesitábamos era el capital para empezar.

Ella giró sobre los talones tan pronto él terminó de cerrar el apretado vestido.

—Gracias a mí, amor.

Él sonrió.

—Cierto. Pero yo hice producir aquella fortuna. Si ahora firmásemos un cheque por tres millones, el Banco lo pagaría sin chistar.

—Pero les darías el mayor disgusto de su vida —rió la

muchacha.

—Además, está el casino y el motel, que valen mucho más de tres millones.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos desnudos.

—Harry...

—Ya sé, eres muy feliz.

—No iba a decir eso.

—¿No?

—Lo soy, pero iba a decirte que nunca olvides lo que hice para obtener ese dinero.

—No lo olvido.

—Maté a un hombre.

—¿Y yo, no hice nada?

—Sí... Bésame.

La besó, cuidando de no descomponer su costoso maquillaje. Después la apartó delicadamente.

—Debemos darnos prisa o seremos los últimos en llegar a ese velatorio.

—¿Velatorio?

—Todos los festivales benéficos lo son, nena; ya deberías saberlo a estas alturas, después de los que has presenciado.

—Nos invitan a todos... Somos importantes, querido.

—¿Te parece que me ponga el collar de perlas esta noche?

—Lo que quieras. Me gusta que te vean cubierta de joyas. A veces creo que puedo oír rechinar sus dientes de envidia cuando te miran.

—No seas exagerado, Harry, querido...

Eligió algunas de sus más deslumbradoras joyas, y al fin estuvo lista.

La fiesta era en el Sands, el más lujoso hotel y casino del Strip. La iluminación exterior convertía la noche en día, los lujosos coches se alineaban en los estacionamientos y las deslumbrantes mujeres en busca de un caballo blanco proliferaban junto a la enorme piscina, bañadas de luz y de miradas ávidas.

Cuando la pareja entró en el inmenso salón principal del Sands, Jerry Lewis terminaba una hilarante actuación, aprovechando para presentar a Frank Sinatra, quien cantó en medio de una expectación y un silencio casi religioso.

Un *maitre* con aspecto de mayordomo inglés les condujo a una mesa y habló en un susurro:

—Bien venidos, señor *Cross*, señora...

—Hola, Thomas. ¿Cómo está el ambiente esta noche?

—Magnífico. Se divertirán. ¿Puedo ordenar que les sirvan la cena?

—Sí, gracias.

El *maitre* se retiró. Ella musitó:

—Si no estuviera loca por ti, querido, me enamoraría de Sinatra.

—¿No te parece demasiado viejo para ti?

—Es adorable...

—Empiezo a sentir celos.

Riendo, ella le acarició la mano.

La misma mano que había dado muerte a una mujer y a un hombre...

El festival avanzó, amenizado por los más famosos y seleccionados artistas y estrellas del momento y de siempre.

Ellos terminaron de cenar. Todo resultaba perfecto, con un servicio impecable, exquisito, un ambiente refinado y una alegría moderada, como correspondía a la ocasión y al lugar.

Sólo hubo un ligero accidente desagradable cuando, a corta distancia de Harry *Cross* y su bellísima mujer, un camarero se tambaleó y la bandeja escapó de su mano. Sonó el estrépito de las copas rotas, y se desencadenó cierto revuelo porque una dama resultó salpicada con el helado contenido de una copa.

Afortunadamente, el *maitre* acudió al quite, restableciendo la calma. El camarero desapareció en un instante rumbo a las dependencias de servicio, y las aguas volvieron a su cauce en cuestión de segundos.

Minutos más tarde, el *maitre* irrumpía en la estancia del sótano donde el camarero se tranquilizaba fumando un cigarrillo.

—¡Bueno! —bufó su jefe—. ¿Qué demonios te pasó, hombre? Nos pusiste a todos en ridículo.

El camarero se levantó. Era alto, extraordinariamente fuerte y desarrollado; tanto, que la elegante chaquetilla roja apenas podía contener sus anchos hombros.

—Resbalé —dijo, ceñudo—. Eso es todo.

—Estás muy nervioso y has perdido el color. Creo que por esta

noche es preferible que te cambies. Serías capaz de metemos en otro lío. Mañana hablaremos.

—Muy bien.

—Espero que no se entere el director. Es capaz de despedirte, si la señora Morrison presenta alguna queja. Le metiste un *manhattan* helado por el escote...

Dio media vuelta y se fue.

Mike Crane tiró el cigarrillo. Estaba temblando.

Al fin, su búsqueda había terminado. El tesón demostrado a lo largo de dos años obtenía la recompensa.

Una recompensa de sangre.

CAPÍTULO VII

Durante los días siguientes, se convirtió en la invisible sombra del solicitado matrimonio *Cross*. Averiguó todo lo que había que saber respecto a ellos, se enteró de sus costumbres, de la rutina de su vivir cotidiano, de su fortuna y de sus negocios.

No daban un paso sin que él lo supiera. No asistían a una reunión social o a una fiesta sin que Mike Crane no anduviera cerca... peligrosamente cerca.

Ahora que los tenía al alcance de la mano, no tenía prisa en acabar con ellos. Quería hacerlo cuando mayor daño pudiera causarles, hundiéndoles de una vez por todas. Cuando surgiera la ocasión, descargaría su golpe, y ambos lamentarían la hora en que su ambición desenfadada les llevó a asesinar a Vicky Greening, a Hiller y a él mismo, puesto que debían creer que estaba bien muerto.

Y así era en realidad. Muy pocas veces, Harry y Alice *Cross* hablaban de aquel episodio sangriento de su pasado, pero en las escasas ocasiones en que eso sucedía, se referían a Mike Crane como al «difunto señor Crane», frase que era rubricada invariablemente con una carcajada.

Dos semanas después de la fiesta en el Sands, Alice se encontraba frente a su tocador, dando los últimos toques al cuidado maquillaje cuando Harry entró.

—Estoy lista en un minuto, querido —murmuró.

—Lo siento, se estropeó el plan.

Ella giró en su asiento de terciopelo.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo grave?

—Puede serlo. Angie acaba de llamarme por teléfono.

—¿Y qué?

—Ya sabes lo que pretende. Lo intentó otras veces.

Ella asintió.

—A veces pienso si no sería mejor que comprases su parte... O, mejor, que le vendieras la tuya, Harry.

El dio un salto.

—¿Venderle los negocios?

—Ciertamente. Tenemos dinero suficiente para retirarnos. Me gustaría conocer Europa... viajar por todo el mundo, Harry, querido.

—Tonterías. Haremos ese viaje cuando seamos viejos. Voy a convertirme en el hombre más importante de Las Vegas, ya lo verás. Sólo es cuestión de tiempo... de poco tiempo. No dejaré que ese idiota se interponga en mi camino.

—Angie Ross está casi siempre bebido. Ya le conoces, pero estando sobrio se puede negociar con él.

—Lo malo es que nunca está sobrio. Y puede hacernos mucho daño si pierde la cabeza.

—Bien, ¿qué piensas hacer?

—Iré a verle, trataré de convencerle.

—Si se obstina, cómprale su parte, Harry.

—¿Sabes lo que pide ese hijo de perra? —exclamó Harry Cross, casi rechinando los dientes.

—Apriétale. Se conformará con menos.

—Le aplastaré si se pone tonto, eso es lo que haré.

Se inclinó sobre ella y la besó en la nuca.

—Acuéstate, querida. No sé a qué hora podré volver.

—Ten cuidado, cariño. Antes de que se convirtiera en un alcohólico, Angie era un tipo muy peligroso.

—Ahora no es más que una piltrafa.

Harry Cross, el hombre importante, el águila de los negocios, abandonó su residencia a bordo de su deslumbrante «Lincoln» gris.

Ni por un instante se le ocurrió pensar que alguien pudiera seguirle. Circulaban incontables vehículos por las calles a esa hora, y un viejo «Cadillac» negro no llamaba la atención.

Ni siquiera advirtió su presencia cuando estacionó cerca del lujoso bloque de apartamentos donde vivía Angie Ross, a pesar de que el «Cadillac» pasó por su lado, yendo a estacionarse cerca de la esquina.

Harry estaba demasiado furioso y preocupado para darse cuenta de esta maniobra. Atravesó la acera y entró en el amplio vestíbulo

de mármol. Lo recorrió hasta el fondo, allí donde los ascensores esperaban.

Entró en el primero y cerró la puerta en el instante en que Mike Crane corría hacia él.

Detuvo el movimiento de la puerta, rezongando.

Mike saltó dentro del aparato. Sonreía, risueño.

—¡Hola! —exclamó—. Gracias por esperarme. ¿A qué planta va?

—Al ático —gruñó *Cross*.

—Muy bien.

El dedo de Mike pulsó el botón del piso inmediatamente inferior al ático. Subieron en silencio hasta que la puerta se deslizó automáticamente.

Mike Crane esbozó un saludo, y abandonó el aparato, que prosiguió su viaje hacia arriba.

Mike se lanzó por las escaleras. Cuando asomó la cabeza en el rellano del ático, llegó a tiempo de ver a Harry *Cross* plantado ante una puerta.

Ésta se abrió. Hubo un murmullo de voces y *Cross* desapareció de su vista.

Angie Ross era un individuo delgado, de cabello negro y revuelto y rostro chupado y pálido. Vestía la mitad de un *smoking*, cuya chaqueta colgaba del respaldo de una silla, y se tambaleaba sobre sus piernas.

Cross le contempló con disgusto.

—Bueno, veamos de qué se trata esta vez —estalló, sentándose en un enorme diván.

Ross miró a su alrededor hasta localizar un vaso alto mediado de *whisky*.

—Puedes imaginario. Lo discutimos hace apenas tres días.

—También hace apenas tres días te mandé al infierno.

—Espero que hayas cambiado de idea.

Su voz era un poco ronca, pero no acusaba demasiado el estado de embriaguez casi permanente en que se encontraba.

Harry sacudió la cabeza.

—No, Angie, no he cambiado. Puedes irte al mismísimo infierno.

—No hablas en serio.

—¡Ya lo creo que sí! Fijamos la asignación para cada uno desde el principio. Tú retiras tu parte y yo la mía de los beneficios, con la

diferencia fundamental de que yo manejo el negocio, trabajo como tur esclavo, mientras tú te emborrachas una noche sí y otra también. Eres un degenerado, Angie, para decirlo sin rodeos.

—No me salgas con ésas. Es cierto que manejas el negocio... y tú sabrás cómo lo manejas.

—Debería romperte la boca sólo por decirlo. Y acabemos. Estoy dispuesto a comprarte tu parte. Podrás beberte todo el dinero de una sentada hasta que revientes. ¿Qué respondes?

—Ya sabes que estoy de acuerdo.

—Pero no al precio que tú pides, por supuesto.

—No pienso rebajar ni un centavo. En realidad, vale mucho más de dos millones.

—No voy a pagarte eso, ni mucho menos.

—Entonces no hay trato.

—¿Y para eso me hiciste venir aquí?

Angie vació su vaso, riéndose socarronamente.

—Tengo otro argumento, querido... En realidad, estoy en situación de presentarte un ultimátum.

—¿De qué hablas?

—Espera que llene el vaso... ¿Quieres un *whisky*? Creo que no te ofrecí cuando llegaste.

—¡Al infierno con el *whisky*! Habla de una vez.

—Tranquilo, Harry... tranquilo...

Llenó el vaso y le añadió dos cubitos de hielo. Después lo miró al trasluz. Dio un traspíe y se echó a reír.

—Tiene un color delicioso... —comentó.

Harry soltó una maldición.

—¡Al grano, bastardo!

—Bueno... tienes tres alternativas, querido —vació la mitad del *whisky*, se relamió los labios y prosiguió—: Tres alternativas... ¿cómo diablos se dice? Inapelables, eso es.

—No entiendo una maldita palabra, gracias a tu borrachera.

—Ya lo entenderás... Empecemos por la primera, Harry. Consiste simplemente en alimentar mi parte. Los beneficios deben haber aumentado estos últimos tiempos... Los negocios suben como la espuma. Me corresponde más, así que paga.

—Sigue soñando —bufó Harry Cross.

—¿No?

—No.

—Bueno, veamos la segunda. Tú te quedas con mi parte, y me pagas dos millones al contado rabioso.

—¡Muérete!

—¿Tampoco?

—¡Claro que no! ¿Crees que estoy loco?

—Bueno... queda la tercera alter... alternativa.

Se llevó el vaso a los labios. En un instante quedó vacío. El resto del hielo tintineó contra el cristal.

—¡Acaba! Alice está esperándome.

—La adorable Alice... Eres un tipo afortunado, Harry... Al menos hasta ahora.

—¿Por qué hasta ahora?

—Porque si te niegas a aceptar las dos primeras soluciones, la tercera te hará polvo.

—¡Maldita sea! ¿Quieres acabar de una vez?

—Está bien. Mi tercera solución consiste en vender mis acciones al grupo de Angelo Luciano.

Harry se levantó de un salto. Estaba lívido.

—¡A Luciano! —estalló, casi sin voz—. Sabes que representa a un sindicato de rufianes...

—¿Y qué me importa a mí? Me paga dos millones al contado. Sólo que cuando esos buitres meten la nariz en un negocio, no tardan en apoderarse de él por completo.

—¡Tú no puedes hacerme eso, Angie!

—¿No? Me gustaría saber por qué razón.

Harry volvió a sentarse muy despacio. Estaba rígido, y trataba de encontrar una solución desesperadamente.

Angie fue adonde dejara la botella. Su vaso se llenó nuevamente, y con él en la mano fue a sentarse frente a su socio.

—Decide, querido... Esta noche quiero resolver el asunto de un modo o de otro.

Harry Cross lo pensó detenidamente. La furia hacía temblar sus manos.

Al fin gruñó:

—Muy bien, compraré tu parte.

—¿Por dos millones?

—Sí.

—Sabía que razonarías al final... Eres un tipo inteligente, Harry.

—Pero no esperarás que lleve dos millones en los bolsillos para dejar resuelto el negocio esta misma noche.

El borracho se echó a reír.

—Te aceptaré un cheque... Tienes buen crédito en los Bancos de la ciudad. Sólo que deberás certificarlo y firmar también una orden de pago de tu puño y letra.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh?

—Por supuesto.

—¿Y las acciones?

—Están en mi caja fuerte.

—Bien, puedes empezar a sacarlas.

El extrajo un alargado talonario de cheques del bolsillo.

Angie se levantó. Tambaleándose ligeramente, fue hacia la pared, descorrió un gran cuadro que representaba una escena de caza y apareció la redonda puerta de acero de una caja fuerte empotrada en el muro.

—Escribe, querido... y hazlo con muy buena letra —cacareó, riéndose.

Empezó a pelear con los diales. Sus dedos eran inseguros, vacilantes. Necesitó mucho tiempo para abrir la puerta, y para entonces Harry *Cross* había ya rellenado su cheque.

Sacó un abultado sobre de papel manila y se lo arrojó a *Cross*, sin acordarse de volver a cerrar la puerta del arca.

—Cuéntalas, socio —rió.

Cross abrió el sobre. Las acciones estaban allí, pero las contó con sumo cuidado.

—Está bien —dijo—. No falta ninguna.

—Ahora, ese cheque... y extiende la orden de pago.

—Claro, claro...

De pronto, Angie se encontró mirando la negra boca de un revólver, que le apuntaba con fijeza.

—¡Eh! —chilló—. ¿Te has vuelto loco?

—Creo que no, Angie... «querido». Sólo que eso es lo único que vas a cobrar.

—¿Qué dices? ¡No puedes hacerme esto a mí, Harry!

—Dame el cheque.

Angie lo dejó caer sobre la mesa. Sus piernas le fallaron, y cayó

sentado, hundiéndose en el butacón.

—¡Espera, Harry! Si disparas, te cazarán...

—Estoy seguro que no, pero en todo caso, tú ya no lo verás.

Angie empezó a gimotear y a retorcerse las manos. Entre balbuceos, masculló:

—¡No podrás justificar la posesión de mis acciones!

—Puedes estar seguro de que sí. Prepararé los documentos necesarios para certificar que me vendes tus acciones por quinientos mil dólares, que has retirado directamente del casino, en días sucesivos. Y habrá tu firma en ellos, puedes estar seguro.

—¡Por favor, Harry...!

—Hace mucho tiempo que deseaba mandarte al infierno, Angie. Pero me costaba decidirme. Ahora soy un respetable hombre de negocios, ¿sabes? Los tiempos de las pistolas quedaron atrás, pero contigo haré una excepción.

El dedo se tensó sobre el gatillo. Angie abrió la boca, disponiéndose a gritar, pero el estampido del disparo ahogó su voz y le mató instantáneamente al atravesarle la cabeza.

Harry sabía que esos lujosos apartamentos estaban contruidos a prueba de ruidos, de modo que no se inquietó. Calzándose unos guantes, limpió el revólver y lo encajó entre los dedos flácidos de Angie.

El disparo en la cabeza había levantado la mitad del cráneo. Era un espectáculo nauseabundo.

Le volvió la espalda, tomó el cheque y lo guardó en el bolsillo. Después, apartó el sobre de las acciones a un lado y fue hasta la caja fuerte abierta.

No había nada más en ella, ni un centavo. Realmente, Angie debía encontrarse en una situación endiablada...

Bueno, al diablo con Angie. Le echó un vistazo antes de dar media vuelta y recoger el gran sobre.

—Te lo ganaste a pulso, borrachín —comentó, entre dientes.

Se dirigió al *hall*, para abandonar el apartamento.

Apenas había cruzado el arco del salón cuando algo terriblemente duro le golpeó detrás de la oreja, y Harry se derrumbó de bruces en la alfombra.

Mike salió de su escondite y dio un vistazo al hombre muerto. Tras envolverse la mano en un pañuelo, se acercó a él y le quitó el

revólver de entre sus dedos muertos. Después regresó al lado del inconsciente Harry y apretó el arma en los suyos, de manera que las huellas dactilares quedasen firmemente impresas en el arma.

Tras esto, derribó un capitel que sostenía una figurita de bronce, que dejó en el suelo cerca de la cabeza del inconsciente *Cross*.

En aquel instante se dio cuenta de que allí donde le había golpeado con su propia pistola había una ligera herida que sangraba. Tomó de nuevo la figurita y la rozó contra la sangre.

Se irguió y miró a su alrededor. Todo estaba dispuesto.

Abrió la puerta, salió y cerró con la llave de que se había apoderado.

Dos minutos después llamaba a la policía desde un teléfono público.

Oyó una voz rutinaria que gruñía algo al otro extremo de la línea. Mike dio un vistazo más allá de la cabina y no vio a nadie.

Entonces gritó:

—¡Por favor, vengan pronto! *Cross* tiene un revólver... ¡quiere matarme!...

La voz del teléfono se despabiló de golpe.

—¡Repítalo!

—¡No puedo! *Cross* volverá en unos segundos... ¡Quiere las acciones!... —Hizo una pausa y añadió precipitadamente—: ¡Aquí está! Vengan... Ático... Apartamentos Dessert...

Colgó rápidamente, antes de que un policía suspicaz pensara en localizar la llamada.

Encendió un cigarrillo y se alejó unos pasos, esperando.

El primer coche policíaco llegó a los tres minutos, avisado por radio.

Los otros tardaron ocho minutos. El servicio de policía, en Las Vegas, era eficiente.

Entonces, Mike Crane echó a andar pausadamente hacia el hotel de tercera categoría donde se alojaba.

CAPÍTULO VIII

Fue un escándalo sensacional, y el fiscal se encontró con el caso más fácil de su carrera.

Los periódicos publicaron extensos reportajes, y el juicio se celebró en medio de una expectación rayana en la histeria. Harry *Cross* había sido un tipo importante.

Además, estaba en marcha la campaña electoral para cubrir o renovar la mayoría de puestos elegibles de la Administración, y el señor fiscal necesitaba ruido y triunfos para conservar el cargo.

Se superó a sí mismo, de eso a nadie le cupo ninguna duda. Los miembros del jurado apenas perdieron tiempo en las deliberaciones, y al final emitieron un veredicto de culpabilidad.

Harry *Cross* fue condenado a muerte.

Poco a poco, el escándalo se aquietó, a medida que pasaron los días. Sólo algún que otro periodista recordaba de vez en cuando las fechas que iban extinguiéndose en la vida de Harry *Cross*.

Hasta que llegó el día fatal.

Ese día, los periódicos sí se ocuparon otra vez del exhombre de presa, y su nombre campeó en todas las cabeceras. La gente supo que a las ocho en punto de la mañana *Cross* había sido ajusticiado, pero después lo olvidó pronto, porque la voracidad periodística necesitaba otras sensaciones, y los reporteros las buscaban incesantemente.

Lo que no publicaron fue que la mujer de Harry *Cross*, después de superado el bache, había tomado las riendas del casino, del motel y de los negocios.

Claro que muchas puertas se le habían cerrado, que mucha gente le volvió la espalda y las cosas se le presentaban difíciles, pero Alice era una mujer de una implacable tenacidad, y salió adelante.

Por otra parte, los turistas que se dejaban el dinero en las mesas

de juego no entendían de propietarios ni de procesos. Querían divertirse, tentar a la suerte y alojarse en lugares confortables.

Todo eso se lo ofrecían a manos llenas en los establecimientos de Alice.

Treinta días después de la muerte de su hombre, Alice manejaba sus intereses con mano tan dura como fuera la de *Cross*.

Claro que muchas noches llegaba rendida a su casa, pero se sentía satisfecha de sí misma. Con Harry o sin él, seguiría incrementando sus ganancias hasta el infinito.

Esa noche había comprobado que los ingresos del casino habían aumentado casi en un diez por ciento. Era una buena señal, y mientras conducía el coche hasta el garaje, iba pensando en el tiempo que tardaría en llegar a la cifra que se había fijado.

Cerró el garaje después de entrar el auto, y anduvo hacia la casa. Estaba cansada, rendida, y sólo ansiaba darse un baño y acostarse.

Pero antes tomaría un trago. Eso la reanimaría.

Desde que Harry faltaba, había despedido a la servidumbre, conservando solo a una mujer que cuidaba bien de la limpieza y el orden. Ella apenas comía en casa, excepto el desayuno, de modo que tenía suficiente.

Todo estaba a oscuras cuando entró. Se dirigió directamente al salón, donde estaba el bar, y encendió la luz.

Estaba vertiendo el *whisky* en el vaso cuando la voz dijo:

—Prepara uno para mí, nena, pero no le añadas veneno.

Dio un salto, volviéndose.

En el primer instante no vio a nadie. Luego, una butaca se deslizó de costado, y Mike apareció sentado en ella, sonriendo con una mueca.

El vaso escapó de entre los dedos de Alice y se hizo añicos en el suelo.

—¡Tú! —jadeó.

—¿No te alegras de verme? Después de tanto tiempo...

—¡Mike Crane!

—No soy un fantasma, desde luego.

Instintivamente, ella dirigió la mano al bolso que había abandonado sobre el bar. Él se echó a reír.

—Si llevas una pistola ahí, primor, piénsalo dos veces.

Ella detuvo el ademán. Una automática de gran calibre había

aparecido en la mano de su antigua víctima.

—Apártate del bolso. No quiero matarte aún, si puedo evitarlo.

—¿A qué has venido?

—A verte. Pensé que te alegrarías de saber que estoy vivo, así tu conciencia no te remordería más.

—¿Desde cuándo conoces mi paradero?

—Oh, hace algún tiempo... Exactamente desde la noche en que cenaste en una fiesta benéfica en el Sands. Yo era el camarero que tiró una bandeja.

Ella empezó a temblar espasmódicamente.

—¡Por favor, Mike! ¿Qué pretendes?

—Bueno, te he buscado durante más de dos años. Ya puedes imaginar que no ha sido para felicitarte por tu maravillosa representación, dada en mi cabaña y en mi obsequio.

—Mike...

—Te mataré, Alice. Es mi única ambición, el único deseo que me ha alentado durante esos años. Pero lo haré a mi modo, cuando, como y donde se me antoje. Primero vivirás unos días retorciéndote de terror, pensando cómo te caerá el golpe, dónde te cazaré... y cuándo.

—¿Y después...?

—Morirás.

Alice notó que las piernas le fallaban. El pánico se apoderaba de ella. Casi se arrastró hasta el diván y se derrumbó sobre él.

—Mike, escúchame...

—Seguro, nena. Puedes hablar todo lo que quieras. De ahora en adelante te encontrarás conmigo en los lugares que menos esperes, y te escucharé con sumo placer.

—Tengo mucho dinero... Soy una mujer rica.

—Ya lo sé. He investigado también por ese lado. Podría hacerte un resumen de todo tu dinero, de tus ingresos y propiedades...

Ella se estremeció.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Moviéndome mucho, repartiendo algún dinero y preguntando. Te asombraría lo que es capaz de contar la gente resentida y llena de envidia.

—Comprendo...

—Pero tú ibas a decirme algo...

—Sí... Te lo daré, Mike. Un millón, si me dejas en paz, si te vas y nunca vuelvo a verte.

—Desde luego, vas a darme novecientos diez mil dólares, los que había en la bolsa de la cueva. El resto no me pertenece. No quiero ni un centavo.

—¿Y te olvidarás de mí?

—De ningún modo, nena. ¿Tú crees que un hombre al qué has amado puede olvidarte?

—Estás vengándote por lo que sucedió.

—Así es.

De pronto, ella se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

Mike suspiró, recostándose en la butaca.

Cuando ella cesó de sollozar, dijo:

—Claro que puedes recurrir a la policía, nena. Pedirles protección. Pero si se te ocurre hacerlo, piensa en el asesinato de Hiller, en la muerte atroz de la verdadera Vicky Greening... en mi frustrada muerte. Todo eso saldrá a relucir, naturalmente.

—Me has vencido...

—En toda la línea.

Él se levantó, guardándose la pistola. Fue hacia el bar, abrió el bolso y sacó el revólver.

—Creí que sería el mismo con que disparaste contra mí, pero aquél era más grande. No podías haber sido tan estúpida como para guardarlo.

Se lo embolsó también. Ella estaba mirándole con ojos desencajados.

—¿No me dejas ni una salida, Mike? —balbució.

—No, nena. He pasado por un infierno que duró dos años, rastreándote por todo el país, arruinándome para seguir buscándote. ¿Sabes que hube de vender mi lancha? Y al final te encontré por casualidad, cuando ya casi había renunciado...

Ella se acurrucó en la butaca como si tuviera frío.

—Te daré el dinero —musitó—. Mucho más del que imaginas. Todos los hombres tienen un precio, y tú no puedes ser una excepción. Haré todo lo que quieras...

—Olvidalo. Ocupate tan sólo de reunir novecientos diez mil dólares. Los quiero cuando vuelva a verte.

—¡Entonces me matarás, cuando los tengas!

—Te aseguro que no. La cosa debe durar mucho más... Hasta que veas la muerte cuando te mires a un espejo, hasta que creas llegada tu hora cuando vayas a pasar cualquier puerta, o cuando salgas a la calle... Cuando estés medio loca de terror y me pidas que te mate. Entonces lo haré.

Se dirigió al ventanal francés, lo abrió y desapareció en el jardín.

Ella ni siquiera pensó en volver a cerrar. El pánico la mantuvo clavada en la butaca hasta que empezó a clarear el día.

CAPÍTULO IX

En una semana se convirtió en el espectro de sí misma.

El terror tiene esas bromas. Consume a un ser humano hasta extremos inauditos.

Cada día, cada noche, cada hora, esperaba que él volviera a aparecer ante ella como la viva figura de la muerte.

Cuando abría una puerta, contenía el aliento sin poder evitarlo, y titubeaba antes de cruzarla.

Al despertar sentía horror a abrir los ojos porque pensaba que él estaría allí, vigilándola, espiándola, dispuesto a descargar el golpe mortal.

Al mirarse al espejo temblaba, y miraba más allá, hacia sus espaldas, a la habitación reflejada en el cristal, esperando verlo aparecer como una sombra fatal.

Lo mismo le sucedió esa noche. Encerró el coche y entró en la casa.

Titubeó antes de encender la luz, y cuando se decidió, lo hizo conteniendo el aliento, rígida.

No había nadie en el vestíbulo.

Empujada por una fuerza irresistible, fue hacia el salón.

Debía estar allí, como la otra noche.

Llevaba la mano dentro del bolso. Había decidido que no se dejaría matar sin resistencia. Si Mike Crane estaba allí, y le daba la menor oportunidad, sería ella quien le mataría.

Sólo que tampoco estaba en el salón.

Suspiró, relajándose. Otra noche de infierno, de incertidumbre.

Subió cansinamente a su habitación, entró y arrojó el bolso sobre una silla.

Entonces, un brazo de hierro le rodeó el cuello, inmovilizándola. Dejó escapar un aullido de bestia herida, pero el brazo hizo presión y la voz murió en su garganta.

—Sé que compraste un revólver, nena —dijo Mike, la boca pegada a su cuello—. No va a servirte de nada, pero estabas en tu derecho de aferrarte a esa esperanza. ¿Dónde lo tienes?

Ella no pudo hablar. Se ahogaba... Aquello era el fin. Casi deseó que él siguiera apretando el dogal que la estrangulaba.

Pero Mike aflojó la presa y ella jadeó:

—En... en el bolso...

—Muy bien.

Le vio quitarle el arma y guardársela, con aquella mueca sardónica en la cara, que le producía escalofríos.

—¿Preparaste mi dinero, linda?

—Sí...

—¿Dónde está?

—Abajo, en la biblioteca.

—Vamos a verlo.

La siguió escaleras abajo. Alice abrió una caja fuerte y metió la mano.

—Cuidado no sufras el error de sacar una pistola en lugar del dinero. Me obligarías a meterte un proyectil en la espalda... o quizá en una pierna.

Ella sacó una cartera de cuero, y la arrojó al suelo, a los pies de Mike.

Éste dijo:

—Ábrela tú, primor.

—¿Crees que hay una bomba?

—Tal vez fue ésa tu idea.

—Ojalá supiera prepararla...

Abrió la cartera y apareció una increíble cantidad de fajos de billetes.

—Ajá. Ciérrala otra vez y déjala sobre la mesa.

Esperó a que ella obedeciera. Entonces se guardó la pistola y dijo:

—¿No ves fantasmas todavía, querida?

—¡Eres un monstruo, Mike!

—Soy como tú me hiciste. No importa, pronto los verás... Sólo recuerda que estoy siempre cerca de ti. Tu tiempo se acaba.

Y la dejó sola.

Ella dobló las piernas, incapaz de sostenerse de pie. Quedó

acurrucada en la alfombra, sollozando, presa de un ataque de histeria.

Y así un día y otro día, y otro más, y otra semana.

A veces llegaba a casa y encontraba señales inequívocas de que él había estado allí. Un vaso sucio de *whisky*... las ropas de su lecho revueltas, un irónico saludo escrito en el espejo con su lápiz labial...

No dormía. Era imposible conciliar el sueño con aquella horrible pesadilla gravitando sobre su cabeza.

Recurrió a los somníferos para poder conciliar el sueño.

Una noche llenó un vaso de agua y tomó el tubo de barbitúricos. Ansiaba dormir. Estaba mortalmente agotada, todo su cuerpo temblaba.

Pero no quedaba ni una cápsula.

Horrorizada, comprendió que él había estado allí otra vez, quitándole su recurso para descansar.

Se echó de bruces sobre la cama, sollozando, estremeciéndose.

Llamó desesperadamente al sueño, pero no acudió hasta dos o tres horas más tarde, y aun entonces fue una pesadilla incesante.

De pronto, despertó. Lo hizo de golpe, como si algo hubiera roto el horror.

En la oscuridad del cuarto, la voz de él murmuró:

—Dormías muy inquieta, nena. ¿Qué pasaba: sufrías pesadillas?

—¡Ya basta! —chilló—. ¡Termina de una vez, maldito!

—¿De veras lo deseas?

—¡Sí, oh, sí! Jamás deseé algo con tanta intensidad. No puedo más... no puedo soportarlo ni un minuto más.

—Sabía que acabarías pidiéndomelo.

Ella escondió la cara en la almohada, conteniendo el aliento, sin saber cómo sería la muerte, qué sentiría... cómo lo haría él para causarle mayor dolor...

Hubiera querido levantar la cabeza y verle, saber cómo iba a matarla, ver llegar el golpe fatal... o la bala implacable que destrozaría su belleza.

Sólo que le fue imposible mover un músculo.

Amaneció. Ella vio la luz entre los dedos crispados que cubrían su cara.

Entonces se irguió y miró a su alrededor.

Estaba completamente sola en su habitación.

La pesadilla todavía no había terminado... Él había decidido prolongarla todavía más.

Un quejido desgarrador escapó de su garganta dolorida, y perdió el conocimiento.

El ligero avión de alquiler aterrizó en el aeropuerto de Baton Rouge.

Mike se apeó, cargado sólo con un pequeño maletín de viaje y una pesada cartera de cuero.

Se despidió del piloto, y alquiló un coche que le condujo directamente a la costa, al plácido pueblo donde había empezado todo, donde había vivido un sueño que después se rompió, para dejar paso a otro mucho más dulce... que quizá también se hubiera esfumado.

Ninguna mujer es capaz de aguardar más de dos años a un hombre, y Brenda no iba a ser una excepción.

Cuando vislumbró las primeras casas, su corazón dio un brinco. El hospital se erguía sobre la colina. Estuvo tentado de ordenar al chófer que le condujera allí primero, pero cambió de opinión.

Si Brenda le había olvidado, si se había casado con otro, cuanto más tardase en saberlo, mejor.

Pagó el conductor cuando llegaron allí donde el sendero partía de la carretera, internándose en los roquedales. Vio alejarse el auto y suspiró.

Aqué! había sido su paraíso. Quizá aún pudiera volver a serlo.

Echó a andar por el abrupto sendero, bordeando el acantilado hasta dar vista a su rústico hogar, a la casa con que había pensado tantas y tantas veces.

Allí estaba, sólida, aferrada a las rocas como si hubiera crecido de ellas, formando parte del paisaje, de aquel mundo virilmente hermoso.

Avivó el paso, ansiando llegar. Fue entonces que su mirada resbaló hacia la caleta, y se detuvo en seco, asombrado.

Su lancha se mecía allá abajo, sujeta al amarradero.

Sin embargo, no debía estar allí. El designó un agente de compraventa para que le pusiera a subasta, y recibió el dinero pocos días después. ¿Cómo no la habían retirado todavía después de un año?

De nuevo echó a andar. Subió al porche y vio la puerta abierta.

Se detuvo en el umbral.

Ella estaba allí, erguida, hermosa, como una ofrenda de un amor que no había muerto, a pesar del tiempo.

—Hola, Mike —susurró la muchacha.

—Brenda... me esperaste.

—Siempre. Te lo dije.

—Pero no podías saber que llegaba hoy.

—Sabía que volverías. Con eso era suficiente.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Esperarte, querido. Vivo aquí, ¿sabes?

—¡Dios bendito!

La estrechó entre sus brazos, sobrecogido, incapaz de hablar.

Ella estaba llorando. Sus lágrimas resbalaban mejillas abajo y entraron en su boca cuando la besó.

El murmuró:

—Sabes a sal... a mar y a cielo.

—Bésame, Mike... más. Me debes tanto, acumulado en estos años de soledad...

Apresó su boca, casi haciéndole daño, llenándola de calor y de vida, acariciándola, dándole las gracias sin palabras por haberle sabido esperar todo aquel tiempo.

—Ya terminó.

Después ella preguntó en un murmullo:

—La pesadilla, Mike, ¿ya terminó?

—Sí... para siempre. No pude hacerlo.

—¿Qué?

—No pude matarla. Estuve a punto de hacerlo, pero me faltó valor.

—No digas eso. Te sobró valor para dominar tu odio y tu ira. Ahora es cuando te quiero más, cuando sé que eres el hombre que soñé.

—Hice que le sentenciaran a él... cometió otro crimen, pero se hubiera librado si no hubiese intervenido. Pero con ella no pude. Me inspiraba un aborrecimiento terrible, nauseabundo. Pero cuando lo tenía todo dispuesto...

—Olvidalo, Mike. Olvidémoslo.

—Ahora todo es distinto. Tú y yo, solos en nuestro paraíso.

—Así es.

Restregó sus húmedas mejillas contra la de él y musitó:

—Todo el pueblo está escandalizado por mi conducta al invadir tu vivienda. Deberás hacer algo para reparar mi buen nombre, ¿no crees?

—Estoy deseándolo.

—No crees que podrás escapar.

—Oye...

—¿Sí?

—¿Qué pasó con mi embarcación? Sé que alguien la compró... recibí el dinero. Pero sigue estando abajo, en el embarcadero.

—Gasté todos mis ahorros, pero aún hube de pedir un poco prestado.

—¡Brenda, tú!

—¿Qué querías que hiciera? Esa lancha ha de ser nuestro medio de vida.

—Estoy confundido, de veras; aturdido, querida.

—Eso tiene una cura muy fácil. Bésame.

Volvió a apresarla entre sus brazos.

Sin ninguna duda, se curó definitivamente, aunque tardó cierto tiempo...

Una noche más.

Alice llegó a la residencia, completamente deshecha moralmente, dominada por el espanto, por el terror, preguntándose una y otra vez dónde le esperaba él.

Porque cuando volviera a verlo sería el fin, sin ninguna duda.

No era posible que él pensara alargar más su lenta agonía.

Detuvo el coche frente al portón del garaje, y apagó las luces.

Encendió un cigarrillo. Sus dedos temblaban como los de una anciana.

¿En el dormitorio quizá? O posiblemente en la sala, o en la biblioteca.

Por un instante pensó en trasladarse a un hotel. En huir...

Sacudió la cabeza. Eso no serviría de nada. El la encontraría fuera a donde fuere.

De pronto oyó un chasquido más allá de un arbusto.

¡Allí estaba, agazapado en las sombras!

Se llevó la mano al pecho. Le dolía terriblemente al contener el aliento, esperando.

Hubo otro roce allá atrás, y de pronto dos ojos fosforescentes aparecieron como brotados del infierno mirándola fijamente.

Alice lanzó un grito horrible, y se desplomó de costado en el asiento del coche con un dolor insoportable en el pecho, ahogándose...

El gato que vagabundeaba por el jardín saltó del arbusto, quizá preguntándose por qué su ama gritaba de aquel modo sólo con ver sus ojos mirándola.

Majestuosamente se alejó en busca de aventuras.

A la mañana siguiente, la sirvienta encontró a Alice derribada dentro del coche, muerta.

El corazón le había fallado.

Nadie supo jamás que fue el terror lo que la mató, el pánico constante que durante días y días había minado su corazón igual que una bestia insaciable royéndole las entrañas hasta el trágico final.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

